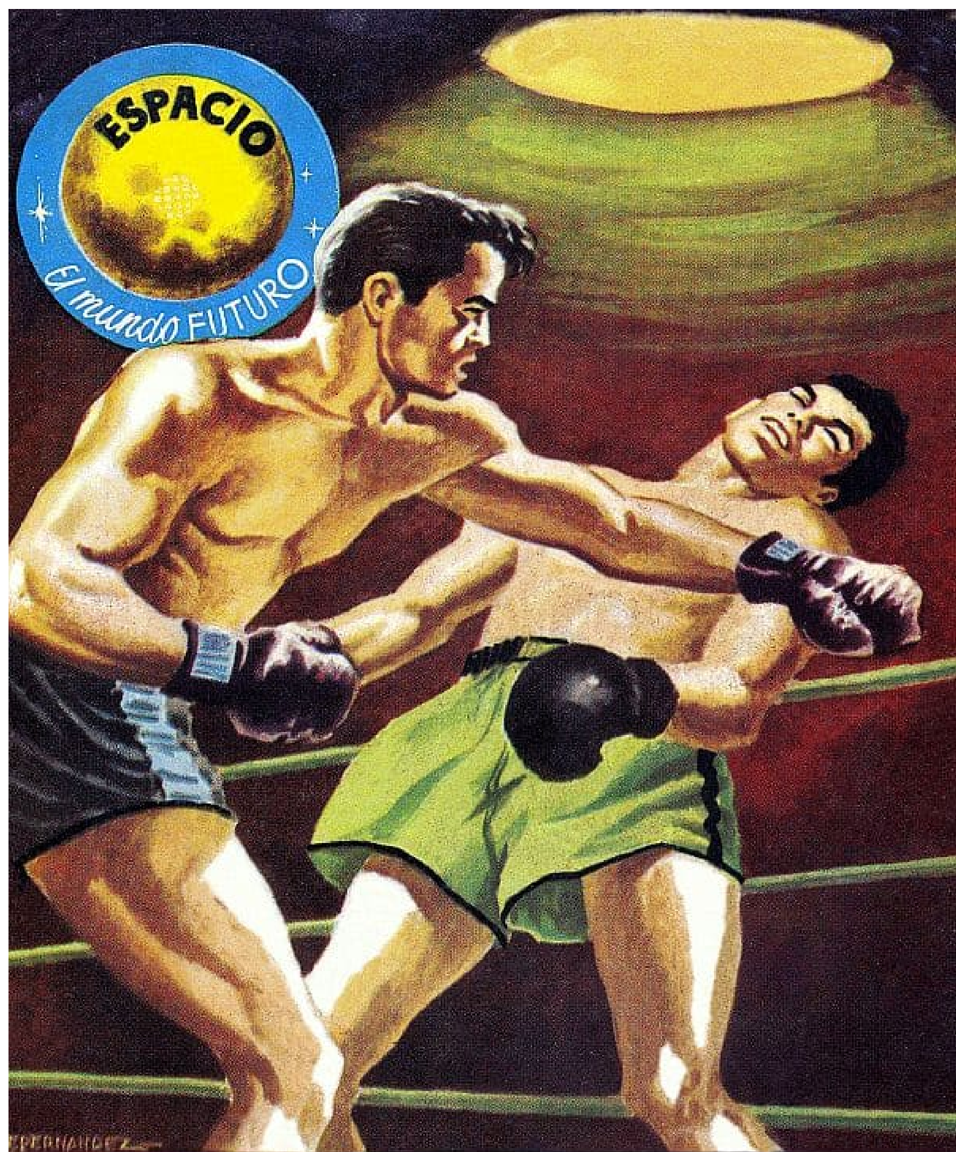


¡SOY DE OTRO PLANETA!

JOHNNY GARLAND

Ésta es una de las novelas de la época «Johnny Garland» de Juan Gallardo Muñoz (antes de que «Curtis Garland» naciera), de modo que, ya anticipo, se trata de un cruce entre serie negra y ciencia-ficción (ése era, al parecer, el estilo garlandiano de la época Toray, hemos de suponer que influenciado por la colección
S. I. P.,
Spacial International Police de dicha editorial).

Un científico de Albor («Saturno» para los terrícolas) decide abandonar su planeta (y a su novia) por medio de un teletransportador de su invención. El motivo es que Albor se encuentra dominado por el tirano Graaw y el bueno de Tazak Lux está hasta las narices de prohibiciones y de malos rollos. Tazak ha localizado un planeta del sistema solar donde hay una civilización estupendísima, regida por unos «Estados Federados Mundiales» donde existe la libertad y el buen rollo por doquier. Como la raza de Tazak es multiforme y se puede adaptar a cualquier medio, no tendrá problemas con la atmósfera rica en oxígeno del planeta Tierra… así que, bye, bye, Albor.

A todo esto, en la Tierra están en el lejano año 2016 (esta novela se escribió y publicó en 1961), y además de ese benigno gobierno mundial, aerocoches, muebles de materiales imposibles que flotan en la sala de estar (porque las patas de las sillas y los sillones molestan), y grandes avances de la comunicación como el televisófono o la estereofotografía son una realidad. Y cuando Tazak llega a la Tierra, todos sus habitantes están pendientes de un evento trascendental: el campeonato mundial de boxeo y la gran pelea por el título entre Dewey Nelson (el mejor boxeador de todos los tiempos y un corazón de oro) y «Puños» Kelsey (el hombre más fuerte del mundo y un pelele de «Papá *Boxer*», el mafioso más importante de la Tierra).

Los malvados mafiosos intentan amañar la pelea para que Nelson pierda, pero el simpático Dewey no se deja amilanar por «Gafas» Mulligan y sus secuaces, ni por sus amenazas. Así que, en la víspera del combate, los mafiosos drogan bien drogado a Dewey para que no pueda salir al *ring* y «Puños» Kelsey gane el combate

por abandono. Cuál no será la sorpresa de Papá *Boxer* cuando vea que al *ring* sube un Dewey Nelson que, si bien no tiene ni idea de boxeo (pues recibe todos los golpes de Kelsey y no sabe ni moverse, ni nada), logra tumbar a su oponente con un único golpe de hierro… que destroza por cuatro sitios la mandíbula del boxeador mafioso… (Creo que todos sabemos quién es el sustituto de Nelson, ¿verdad?)

Pues con este arranque a lo «Twilight Zone» da comienzo esta novelita protagonizada por un personaje que me ha recordado enormemente (tanto por sus poderes como por su personalidad) a J'onn J'onzz, el Detective Marciano (o Martian Manhunter) de DC Cómics, creado en 1955 por Joseph Samachson y Joe Certa. Los paralelismos entre ambos personajes son apabullantes, y lo que más me mosquea no es pensar que Juan Gallardo conociera al personaje (que en realidad, no es más que una variante de Superman), sino que no lo conociera, pues no me consta que las aventuras de Martian Manhunter llegaran a España (de mano de la mexicana Editorial Novaro) hasta fechas posteriores a 1961… aunque es muy posible que yo esté equivocado, claro.

Volviendo a «¡Soy de otro planeta!», si se acercan a esta obra verán ustedes violencia sin cuento, gangsters con armas termonucleares (no son armas para «disuadir», sino para utilizar), policías corruptísimos, bellas damiselas en apuros, héroes en apuros aún mayores (el punto débil de Tazak Lux es el calor extremo; el de J'onn J'onzz es el fuego… ejem), salones de máquinas electrónicas recreativas (muy anteriores al juego «Invaders From Mars»), y un futuro venturoso en el que la gente de Saturno recibe la «nacionalidad terrícola» con cierta facilidad… Y todo esto, dentro de tres años, amigos…

ÍTEM MÁS: Contra todo pronóstico, las escenas que reflejan las portadas de ambas ediciones APARECEN en la novela… Y ALGO MÁS: Una curiosidad extraterrestre es que, en DC Cómics, allá por los años 80, el guionista Gregg Potter creó a un sosias de J’onn J’onzz, de color rojo, llamado Jemm, Hijo de Saturno… Qué cosas, ¿verdad?

También publicada en Galaxia
2001 n.
º306, EASA, 1983.



Johnny Garland

¡Soy de otro planeta!

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 253

ePub r1.0
LDS 13.06.18

Título original: *¡Soy de otro planeta!*
Johnny Garland, 1961
Cubierta: J. Fernández
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



PRÓLOGO

—No sigas, esas investigaciones; son peligrosas.

—¿Peligrosas?

—Sí, ya sabes… Si se entera la Comisión de Control Científico, son capaces de condenarte a muerte. Es un delito perseguido, y tú lo sabes, investigar a espaldas de la Comisión. El Poder Central no lo permite bajo ningún pretexto.

—Tú podrías ganarte los favores del Poder. Te bastaría con presentarte a ellos y revelarles que Tazak Lux investiga fuera de la Ley. Te colmarían de honores, Rahmaz.

—¿Crees que soy un maldito delator, Tazak? He venido a verte solo para advertirte. En Albor no se permite esto, tú lo sabes. No me gustaría verte acusado de alta traición científica.

—Eres muy amable, Rahmaz. Y un buen amigo. Te lo agradezco de veras. Procuraré paralizar mis investigaciones… o marcharme de aquí para siempre.

—¿De Supermetrópoli? ¿Y para qué? ¿Resuelves algo con eso? ¿Lo resolverías, incluso, con irte a uno de nuestros nueve satélites naturales, de los ciento doce artificiales, o del Gran Anillo Exterior? Hasta allí llega también el Poder Central, Tazak. Y llegan las flotillas espaciales del Presidente Graaw. No hay escapatoria, desengáñate. Nadie tiene escapatoria, hasta…

Se detuvo Rahmaz. Parecía asustado de lo que estaba diciendo. Pero Tazak completó, muy sereno, la frase que él no se había atrevido a formular:

—… hasta que cambien las cosas en nuestro mundo y un libertador aplaste al régimen malvado de Graaw, ¿no es cierto?

—¡Por favor, Tazak! —Asustado, Rahmaz miró en torno como si los muros vítreos y opacos pudieran tener oídos—. Pueden oírnos… y sería nuestro final.

—No temas —sonrió Tazak—. Los muros están dotados de

«audio-fren». Detiene el sonido interior, permitiendo que pase el exterior.

—¿Otro invento tuyo?

—Otro invento… ilegal.

—¡Oh, Tazak, no tienes remedio!

—Ciertamente que no. Ya lo sé, Rahmaz… —le observó atentamente. En sus alargados ojos morados, de diminutas células visuales, centelleó una luz burlona—. ¿Quieres que te muestre algo, entre tanto? Es precisamente en lo que he estado trabajando hasta hoy y ya lo he terminado… o creo haberlo terminado. Para estar seguro necesitaba esperar varias jornadas. Hoy es la última. Cuando en el medidor de tiempo suene la vibración veintisiete, el experimento habrá terminado.

—¿Y qué habrás descubierto?

—Algo increíble, Rahmaz. Algo tan fantástico que nadie en Albor lo imaginaría nunca… Y que yo, Tázate Lux, creo que he logrado descubrir.

—Me asustas. De todos modos, no me gustaría conocer tu secreto por si la Guardia de Seguridad me arresta, me interrogan… y declaro algo sobre ti. Sería funesto para los dos.

—Muy bien. No te pido que te arriesgues; puedes elegir a tu gusto. Pero piensa que tal vez te ofrezco la oportunidad de salir para siempre de este mundo, de abandonar Albor y no regresar a él jamás.

—¿Estás loco? Nadie puede hacer tal cosa. ¿Adónde irías? Ningún otro planeta del Sistema Solar está habitado, a excepción del nuestro…

—Eso es lo que ellos se imaginan, Rahmaz. Pero hay otros mundos, habitados con un sistema de vida diferente al nuestro. Yo lo sé; lo he comprobado.

—¿Que… lo has comprobado? ¿Te atreviste a tanto?

—Claro. La mente no puede ser esclavizada, no se puede encadenar el pensamiento y el afán de saber, Rahmaz. Por eso nuestro pueblo se hunde, se resquebraja bajo el peso de la bota dominadora. Sólo los pueblos libres son dueños de sus destinos, y esos destinos pueden llegar lejos. Más allá de las estrellas, incluso.

—Me das miedo, Tazak. Creo que prefiero marcharme. No quiero conocer tus descubrimientos. Es mejor así, créeme. Y si

tienes un poco de sentido, abandona todo esto, antes de que «ellos» te sorprendan y destruyan. ¿Está Aurea mezclada en esto?

—Aurea me ha ayudado mucho. Pero no se mezclará en la última fase —hubo un tono pesaroso en la voz musical, armoniosa, del ser que hablaba—. No quiero que lo haga.

—¿Los riesgos serán para ti solo?

—Eso es. Todos los riesgos. Absolutamente todos.

Rahmaz no dijo nada. Inclinó la cabeza, de faz metálica, tersa y brillante, de cabello azul. Caminó hacia la cinta deslizante de la salida. Antes de situarse sobre ella, se volvió aún a Tazak y deseó:

—Que tengas mucha suerte, amigo. Espero que todo salga bien.

—Saldrá bien —sonrió Tazak, con su boca breve, apenas movible—. Y, de ser así, tal vez sea ésta la última vez que nos veamos.

—¿Vas a intentar ese fantástico salto a otros planetas?

—Sí, Rahmaz. Voy a intentar saltar a un mundo distante, donde hay mares de un líquido llamado agua, donde hay unos seres llamados «hombres» o «humanos», parecidos a nosotros, pero mucho menos perfectos y más frágiles… A un mundo donde al nuestro ellos le llaman «Saturno» y no Albor… A un mundo donde, como aquí, hay hombres y mujeres, buenos y malos, odios y amores… Ellos le llaman «Tierra», aunque en nuestras cartas celestes tenga otro nombre. Ellos hablan diversas lenguas, igual que nosotros. Lenguas muy diferentes, Rahmaz. Pero yo, con mi invento, he aprendido algunas de ellas y las he grabado en mi telecerebro. He averiguado algunas de sus costumbres también y la forma de adaptar mi aspecto físico al suyo, gracias a nuestra condición multiforme o «polimorfa». Yo, en fin, Rahmaz, he llegado a descubrir la forma de surcar el espacio, de atravesar las distancias, a la misma velocidad de la luz… ¡y así llegaré a ese mundo llamado «Tierra», donde seguramente encontraré la paz de espíritu que necesito!

Rahmaz, lenta y dificultosamente, salió de su estupor. Miró a Tazak y a duras penas pudo articular:

—Pero… pero Tazak, eso… ¡eso es un disparate! Aunque lo lograras… ¿cómo ibas a adaptarte a su mundo, a sus materias, a sus costumbres y sus maneras? Ni siquiera sabes si respiran metano o…

—No, ellos respiran un gas más ligero. El nuestro les mataría en

un momento. Allí hay oxígeno. Es su atmósfera y yo puedo adaptarme a ella, aunque ellos no podrían hacerlo con nuestro gas metano.

—Aun así, es una locura.

—Tal vez, Rahmaz. Pero, en todo caso, será una sublime, una hermosa locura. Y merece la pena vivirla, intentar esa gran aventura de saltar de un planeta a otro… ocurra lo que ocurra después.

Rahmaz meneó su cabeza con desaliento. Subió a la cinta de metal y automáticamente ésta se deslizó, abrióse la puerta circular en el muro vítreo y la visita desapareció de su vista.

Tazak Lux se quedó solo. Caminó por la amplia estancia circular de su vivienda en Supermetrópoli. Por los amplios ventanales de la cúpula era visible el cielo brumoso y oscuro, la centelleante franja gigantesca que rodeaba al planeta Albor con un anillo de meteoros y asteroides.

El ser de piel metálica, ojos color violeta, rostro inteligente y sensible, como tallado en plata, bajo el cabello azul cobalto, crespo y duro, pulsó un resorte. Descendió en un ascensor tubular hasta un subterráneo singularmente dotado. Una puerta curvada se abrió ante él y una cinta deslizante le dejó frente a su instrumental, su cuadro de controles, sus seis pantallas de televisión, graduadles a voluntad, en volumen y pureza de la imagen captada, por distante que fuese. Micrófonos ocultos emitían sonidos. Eran sonidos que nadie en Albor había captado jamás, excepto Tazak Lux.

Sonidos de voces distantes, lejanísimas en la distancia espacial. Imágenes azuladas, captadas por la televisión. Mares y continentes que se convertían en paisajes, en ciudades, a medida que las manos de Tazak, manos metálicas, durísimas y poderosas, movían los mandos de los graduadores. Luego aparecieron seres vivos moviéndose, hablando, paseando por sus calles, comprando o vendiendo en sus establecimientos. Los calendarios de algunos locales marcaban con insistencia un mismo número de cuatro cifras. Un número que le era familiar ya, por haberlo visto en otras ocasiones. Ellos, en aquel planeta llamado Tierra, decían que era el «año de la Era Cristiana». Una fecha, una medida de tiempo, a juicio de Tazak: 2016.

Año 2016 para los terrestres. En Albor —en «Saturno», como

decían los terrestres— no había años. Pero sí unos, períodos similares, mucho más amplios, llamados «épocas», en una traducción aproximada a las lenguas terrestres.

Estaban en la «época» 7800. De modo que su civilización era, sin duda, muy superior a la de la Tierra.

Pero en la Tierra había paz. No existían dominadores, ni tiranos, ni sistemas policíacos.

Aquello que ellos llamaban «Estados Federados Mundiales» le resultaba simpático. Eran disciplinados, pero libres. Hermosa cosa ser libre.

Con su invento de fonovisión a distancia, Tazak Lux había pretendido descubrir un mundo habitado entre todos los que formaban el Sistema Solar. Ni en Marte, ni en Venus o en Júpiter había hallado rastro alguno de vida. Resultaba irónico que los terrestres, por lo que él observó en sus conversaciones, emisiones de radio y prensa impresa o televisada, solamente pensaran en la habitabilidad de Marte y Venus, desechando la posibilidad de vida inteligente en todos los demás. Y ellos eran uno entre «los demás».

Las ciudades de la Tierra eran bellas. Sus gentes parecían amables y abiertas. A Tazak Lux le gustaba su aspecto. Y a él, como a cualquier nativo de Albor, no le sería difícil adoptar su forma física, su apariencia exacta. Poseía, como todos, la virtud de ser polimorfo. Era una cualidad física que jamás había utilizado porque en realidad no lo había necesitado.

Ahora lo precisaría. Los primitivos astronautas en Albor habían recurrido a la polimorfía para reducir su peso, para adaptarse a las condiciones del espacio exterior o para respirar en el vacío absoluto, sin gas metano, adaptando sus células pulmonares al vacío.

Él haría algo más que todos ellos. Él sería el primer natural de Albor que pisaría un mundo lejanísimo e insospechado por todos sus semejantes. Pero primero debía arrancar una pieza vitad de su invento. Así, las fuerzas de la Seguridad Civil y de la Comisión de Control no darían con su paradero.

Luego haría funcionar el «traslator» de materia. Una simple presión, girar una llave, mover un interruptor… y su ser sería proyectado a través de miles y miles de unidades de distancia, hasta el planeta Tierra, llamado Gahar entre los naturales de Albor.

Estaba decidido. Y lo haría.

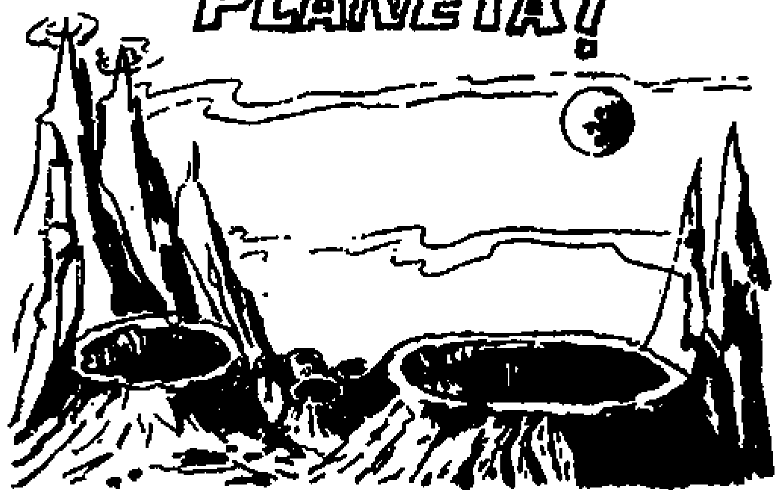
Dedicó un último recuerdo a Aurea, la mujer a quien amaba, pero a quien tenía que renunciar, como renunciaba a su mundo, para emprender un éxodo, un destierro voluntario a un mundo extraño, donde él mismo sería un extraño. Su éxito, su posibilidad de vivir para siempre en aquel planeta distante y no volver a ser un esclavo del tiránico Graaw, dependía por entero de él, de su facilidad de adaptación a un mundo que no le correspondía, y en el que nunca, hasta entonces, había vivido ningún ser de Albor.

Entró en la reducida cámara esférica de proyección de materia. Graduó los indicadores de distancia y velocidad. En su bolsillo llevaba ya la pieza arrancada a los controles. Pantallas apagadas y mudos altavoces quedaron tras él.

Luego, su mano oprimió los resortes finales y una luz vivísima, dorada, le envolvió. Luego esa luz cambió, se hizo azul, intensa cegadora…

Tazak cerró los ojos deslumbrado. La luz le envolvía, como si fuera real, tangible. Después desapareció de la cabina esférica. Pero, entonces, ya no estaba allí Tazak Lux, el heroico descubridor de mundos y horizontes ignorados, el gran rebelde de Saturno.

Viajaba con la luz, diluida su materia, proyectado por su gran invento, hacia la estación de recepción donde se materializaría de nuevo.


¡SOY DE OTRO PLANETA!

Capítulo primero

«El Campeón»



iénsalo bien, Dewey. Son cien mil… o el fin de tu carrera.

—¡Vete, «Gafas»! ¡Vete, antes de que te rompa esa maldita cara!

—Haces mal en enfadarte, amigo, yo sólo quiero tu bien. Me han dicho que te diera el encargo. La cifra es de cien mil, una buena cantidad. Más aún que la bolsa que cobrarías ganando ese combate. Claro que si prefieres la bolsa… allá tú. Desde luego, podría incluso servirte para un buen funeral, Dewey.

Rápido, el hombre atlético, poderoso, de abundante cabello negro, nariz ancha y mandíbula rectangular saltó de su asiento y avanzó como una flecha hacia el individuo ratonil que lucía grandes gafas de gruesa montura. «Gafas» Mulligan echó a correr cómicamente, alargando sus piernas flacas como un saltamontes. Cuando llegó a la salida del apartamento, la voz abrupta de Dewey

Nelson le llegó como un trallazo amenazador:

—¡Largo de mi casa, basura! ¡Y si vuelves a poner los pies en ella, te aplastaré como a un sapo, aunque me cueste perder la licencia! ¡Dile al cerdo de tu jefe que Dewey Nelson no se vende! ¡Y que esta noche, en el Universal Square Garden, del Satélite Estadio, ese rufián sin coraje ni hombría que se llama «Puños» Kelsey va a besar la lona por la cuenta! ¡Palabra de honor, perros hampones!

La puerta se cerró tras el ratonil «Gafas» Mulligan, que resopló mientras la escalera automática del edificio se deslizaba hacia la planta baja, llevándole saludablemente lejos de los temibles puños de Dewey Nelson. Se enjugó el sudor de su rostro y masculló entre dientes:

—¡Diablo con ese tipo! Sería capaz de hacer lo que dice si realmente se enfurece… Y creo que está furioso de verdad… Bueno, peor para él. No sabe lo que le conviene.

En el amplio «*hall*» se cruzó con una mujer que casi tropezó con él. Una muchacha de plateado cabello, esbelta figura, vestida de seda plastificada color verde, que subió por la escalera automática ascendente en dirección a la misma planta que dejaba «Gafas».

El hombrecillo salió rápidamente de la casa y se perdió en el tráfico denso de las amplias avenidas neoyorquinas. La mujer llegó a la puerta número 36 de la planta siete y llamó al pulsador magnético.

Encendióse la luz verde del llamador. La puerta se abrió súbitamente, con auténtica violencia. La figura atlética de Nelson apareció en el hueco y, alzando su puño, rugió:

—¡Fuera de aquí! ¡Le voy a…!

Se detuvo, como paralizado por un rayo invisible, al descubrir que su visitante no era de nuevo el hombre de las gafas y aire ratonil, sino la hermosa muchacha del vestido verde, que le contemplaba con sus grandes ojos grises enormemente abiertos por el asombro.

—¡Dew! —exclamó, sorprendida—. Pero ¿qué significa esto? ¿Así recibes a una chica que viene a rendirte toda su admiración y a darte alientos para tu pelea de esta noche?

—Oh, Zindy, perdona —se excusó Dewey Nelson, confuso, retrocediendo un paso—. No sabía que eras tú. Lo siento, querida…

—Yo casi he llegado a sentirlo —rió ella de buena gana,

tocándose la mandíbula—. Si te precipitas un poco más, me devuelves rápidamente a la calle, sin tiempo para desearte buenos días.

—Entra, Zindy, y te explicaré —la acompañó por el confortable y ultramoderno piso de la Avenida Siglo XXI, en el corazón de Manhattan. Se detuvieron en el «*living*», decorado con muebles elásticos de superficie de espuma. El bar automático, brotando del muro de plástico metalizado, les sirvió bebidas ya combinadas en la coctelera articulada.

Sentáronse en uno de los divanes aéreos, sin soporte que los sujetase al suelo. La espuma de goma se hundió muellemente con su peso, y Zindy suspiró, aliviada. Tiró sus botitas blancas de tacón y estiró las bellas piernas con perezosa indolencia. Luego sonrió a Nelson con sus labios rojos, carnosos.

—Mi querido Dew —musitó—, no debes excitarte. Tú sabes lo que dice Mallins. No conviene estar nervioso el día de un gran choque como éste.

—Seguro —rió Dewey—. Pero creo que mi entrenador habla de la inconveniencia de que, el día de su combate, un campeón reciba visitas femeninas tan bonitas, por añadidura, y endiabladamente seductoras.

—No seas tonto —ella le miró con burlón reproche—. Yo sólo vengo a desearte buena suerte y a recordarte que estaré allí. Papá me lleva en su turbo-cohete. Iremos a la cuarta fila de *ring*. Creo que me verás, Dew.

—Claro que te veré, Zindy. Te veré por encima de todos los demás asistentes, sean los que sean.

—¿Sabes ya que asistirán más de cien mil personas de todo el planeta y de los satélites artificiales habitados? Incluso de Ciudad-Luna irán espectadores a ver la lucha por el título universal de los grandes pesos, Dew. Y sabes que, de todos ellos, un setenta y cinco por ciento, al menos, estará de tu parte. Odian a Kelsey porque saben que es un pirata de la profesión, un rufián, encumbrado por las pandillas de *gangsters* del boxeo.

—Es posible, querida. Pero ese veinticinco por ciento restante me preocupa mucho. Está formado por apostadores profesionales, pistoleros y bandidos de toda laya, a quienes el *gang* de Kelsey y sus amigos mantienen a cuerpo de rey para sostener el engaño. Kelsey

no es sino una bestia con las fuerzas de un cíclope o de un rinoceronte, pero nada más. Ignora la técnica del boxeo y es un perro que apela a todas las suciedades posibles para salvar su indigna carrera.

—Todo eso lo sabías ya cuando se concertó este combate, Dew. ¿Por qué lo recuerdas ahora con tanta ira?

—A eso iba a referirme, Zindy, cuando llegaste. Y por esa razón estuve a punto de golpearte. «Gafas» Mulligan vino a sobornarme, a pagar mi derrota. Cien mil dólares platino era la cifra señalada. Yo perdería el combate y no ocurriría nada.

—¿Han sido capaces de…?

—Han sido capaces de mucho más, Zindy. Si rechazaba su oferta, sufriría las consecuencias. Me amenazó con la pérdida de mi carrera de boxeador… e incluso con la muerte.

—¡Dew! —El rostro bonito y juvenil de la muchacha reflejó temor—. ¡No debes dejar las cosas así! Avisa a la policía, denuncia lo que…

—¿Lo que me ha dicho «Gafas» Mulligan? —Dewey Nelson rió con fuerza—. No seas ingenua, pequeña. La policía le arrestaría, pero Mulligan negaría y yo no podría probar nada. Y aunque lo probase, «Gafas» diría que fue un simple juego para ganar una apuesta o cosa así. Le condenarían a un año de cárcel por amenazas y una fianza fuerte, pagada por «Papá *Boxer*», el amo de la pandilla, lo resolvería todo. No, Zindy, no lograría nada con ese sistema. Lo que debo hacer hoy es luchar, luchar por el título universal en juego. Llegar al Satélite Estadio y subir a la plataforma de la Pista Olímpica Espacial con la seguridad de vencer.

—Pueden intentar algo… Son capaces de todo, Dew. Las apuestas a tu favor van en una proporción enorme en todo el mundo. Un fracaso tuyo significaría pagar las apuestas a ciento por uno. Una fortuna para quienes hubieran apostado por Kelsey. Y tú sabes quiénes apostarán por Kelsey.

El rostro de Dewey, inclinándose, reflejó la honda preocupación que sentía. Pero no quería contagiar de ella a Zindy y, al alzar de nuevo la cabeza, su sonrisa ancha, cordial y amistosa, surgía de nuevo en el firme rostro macizo del gran y noble campeón que, a sus veinticuatro años, iba a por el cetro universal de los grandes pesos, dejado en litigio por el retirado Max Bolton, entre él y el

rufián de «Puños» Kelsey, quizás el hombre más fuerte del mundo, aunque no el mejor boxeador.

—Bien, Zindy, no creo que en todo caso suceda nada grave —dijo alegremente—. Mallins llegará de un momento a otro con los demás muchachos. Con mis cuidadores, nada tengo que temer. Ellos me protegen, impiden que nadie se acerque a mí en las horas previas al combate. Eso bastará.

—Ojalá sea así —suspiró ella, terminando su combinado y levantándose, mientras Nelson acababa el suyo, en el que no intervenía ni una gota de alcohol, sino frutas, extractos vitamínicos y glucosa—. Te dejo ahora, Dew. No quisiera que tu entrenador me echase un rapapolvo. Nos veremos esta noche en el «*ring*». Al terminar el combate iré a felicitarte. He de ser la primera, Dew.

—Aún no sabes si ganaré. Prométeme que serás también la primera a consolarme, si fracaso.

—No puedo prometerte eso porque no es posible —rió ella—. Eso nunca le ocurrirá a Dewey Nelson, el gran «Champion» Nelson. Y menos frente a un tipo como Kelsey. Hasta luego y suerte, querido.

Se inclinó y besó sus labios un fugaz instante. Dewey quiso aprehenderla con un rápido movimiento de brazos y atraerla hacia sí. Pero, ágilmente, el cuerpo sinuoso de Zindy eludió el abrazo. Sonrió picaresca y negó con la cabeza.

—No, no, querido —le reprochó—. Así está bien. Alargar las efusiones, puede poner a prueba tus nervios y eso no es conveniente. Por cierto, Dew, que tendrás que ser más ágil de brazos frente a Kelsey. Si haces como ahora, se te escapará.

Riendo, llegó a la puerta. Dew también reía de buena gana. No intentó perseguirla. Lanzó un beso hacia la muchacha con: la punta de sus dedos y luego observó jovialmente:

—Me vengaré de esas palabras… en Kelsey.

—Así lo espero. Hasta luego, Dew. ¡Y mucha suerte, querido!

Salió del piso y la puerta se cerró tras ella. Una vez solo, Dewey Nelson volvió a su preocupación primitiva. No podía olvidar las amenazas de «Gafas» Mulligan. Sabía que no eran simples fanfarronadas ni amenazas vanas de un apostador profesional, sino el mensaje serio de «Papá *Boxer*», el fabuloso y siniestro personaje de los bajos fondos del deporte profesional del Siglo XXI. «Papá

Boxer» patrocinaba a «Puños» Kelsey. Haría lo que fuese con tal de hacerle ganar y embolsarse él millones y millones de apuestas y de comisiones. Incluso matar.

Matar.

La idea no le gustó a Dew. Él no era un pistolero ni un hombre de acción, salvo en los «*rings*». ¿Qué podría hacer si «Papá *Boxer*» resolvía atacarle por la violencia, antes de la hora cumbre del gran choque en la esfera espacial que albergaba, en su interior, a dos mil millas de la superficie terrestre, el gran Olympic Space *Sport* Stadium?

No sabría defenderse del acoso criminal de unos forajidos. Podía pedir protección oficial a la policía, e incluso es posible que ya, por sí misma, la policía internacional vigilara su persona, lo mismo que todos los accesos de *ferry*-rockets, turbocohetes y superautos, en dirección al gran estadio del Espacio. Pero «Papá *Boxer*» era persona capaz de penetrar por la tupida malla policial y llegar hasta quien él deseaba, golpeando matemáticamente, sin un fallo.

Se sirvió otro combinado de frutas. Vaciló incluso, pensando añadirle alcohol en pequeña proporción. Necesitaba un estimulante. Pero dominó la tentación y por fin se conformó con la mezcla inofensiva, apropiada para un hombre que necesitaba tener sus músculos y su cerebro en perfectas condiciones, frescos y firmes para el encuentro sensacional de aquella noche, que todas las emisoras de Televisión Mundial y de Telediarios públicos estereoscópicos estaban lanzando a los cuatro vientos, en un alarde de publicidad inmensa.

Estaba preocupado. Real y hondamente preocupado porque sabía que se hallaba en peligro.

Capítulo II

El Extraño

e modo que esto es la Tierra…

Y esto el aire, el «oxigeno», como ellos decían. Y aquélla la luz del Sol. El Sol nunca había sido así para él ni para ninguno de los suyos. La distancia era demasiado grande. El clima era caluroso. Muy caluroso, a pesar de que decían que aquello era el «invierno», la época fría de la Tierra. Al lado del clima que él conociera siempre, de cientos de grados bajo cero, aquello era un horno.

Quizá la temperatura era lo que más le había costado adaptar a su naturaleza mutada. También era difícil habituarse a la menor gravedad terrestre. La diferencia de masa era notable; la de atracción del centro planetario, por tanto, también lo era. Caminaba con gran ligereza, como si un lastre de miles de kilos hubiera desaparecido de su espalda. Respiraba ligera, fácilmente, con un

frescor agradable.

Ahora ya había pasado lo peor. Estaba total, absolutamente adaptado. Podía vivir, respirar, hablar, moverse en la superficie del planeta extraño.

También había encontrado un traje. Vestían extrañamente en la Tierra. Pero también esperaba habituarse a eso, como a tantas otras cosas complejas y totalmente nuevas para él.

Estaba paseando. Paseando, saturándose de aire, de luz, de calor y de ligereza ambiental. Miraba con curiosidad enorme, de provinciano arrancado por primera vez de su pequeño mundo, las avenidas, los altísimos edificios, las luces, las pantallas de televisión en las fachadas, los vehículos, los colores, las personas con las que se rozaba.

Una experiencia nueva, desconocida, asombrosa. Una experiencia única quizás en la historia de los pueblos, las razas, los mundos, los espacios universales. Un extraño del que nadie sospechaba, mezclado entre «ellos», paseando como uno más, viviendo, respirando, mirando como cualquier otro… allí, en la Tierra. A ochocientos ochenta y seis millones de millas, como decían los terrestres, del mundo de donde era nativo, de donde él procedía. De donde saliera momentos antes, llegado en alas del translator de materia a la velocidad misma de la luz.

Había elegido cuidadosamente el lugar, al pulsar el translator. Éste cumplió su misión con total exactitud. Y se encontró súbitamente sobre el suelo terrestre de Nueva York.

Nueva York era la primera ciudad del mundo. Sus veinte millones de habitantes la hacían fabulosamente amplia y superpoblada. En Saturno, la ciudad o núcleo urbano más amplio no sobrepasaba los quinientos mil habitantes. Era el suyo un planeta poco poblado. Gracias a eso, el tirano Graaw dominaba fácilmente el mundo anillado.

Muchos problemas de adaptación se iban resolviendo para el hombre que paseaba como uno más entre todos, para aquel anónimo forastero, aquel extraño entre los humanos, que en su aspecto físico nada dejaba advertir que fuese sospechoso. Pasaba junto a los policías uniformados con total indiferencia. Ellos le miraban o no pero, si lo hacían, era con absoluta despreocupación. ¿Cómo iban a imaginar que el paseante de las manos en el bolsillo y

el gesto admirado, era un viajero sideral, un ser vivo e inteligente, llegado de más allá de lo explorado por el hombre?

Solamente sus ojos seguían teniendo el tono violáceo primitivo y su cabello un suave reflejo azulado que le hacía parecer intensamente moreno. Pero esos detalles nadie los advertía. Sus gafas de cristales oscuros disimulaban el color de sus ojos. Y en el cabello no se fijaba persona alguna.

Se detuvo en Grand Times Square, la inmensa plaza pentagonal que suplió en la nueva urbanización a la vieja, tradicional confluencia de Broadway. Los enormes carteles luminosos, las diapositivas animadas, la Prensa luminosa de los grandes rótulos cambiantes, absolutamente todo, en el atardecer neoyorquino, llevaba una misma frase, repetida hasta la saciedad ante los ojos intrigados del forastero:

«¡¡DEWEY NELSON CONTRA “PUÑOS” KELSEY!!»

Dondequiera que dirigiese la mirada en Grand Times Square, la misma frase. Una, mil veces. En uno, mil tamaños, en uno, mil colores…

«¡¡DEWEY NELSON CONTRA “PUÑOS” KELSEY!!»

Al principio, imaginó si sería una guerra. De esa costumbre no tenía noticia. En Saturno, uno iba contra otro cuando se luchaba en una contienda o cosa parecida. Su mente poderosa, superdesarrollada, le reveló pronto el enigma. Le bastó ver un fragmento de noticiario en una pantalla de televisión, oír unos comentarios del locutor y leer unas columnas luminosas en un diario mural, para saber lo que significaban «boxeo», «pesos pesados», «deporte», espectadores y todo aquello.

Sonrió. Curiosa diversión la de ver luchar a un hombre contra otro, no por odio o enemistad, sino simplemente por «deporte». Un deporte a golpes. Había un premio para el ganador y miles de seres que acudían al escenario del choque, pagando sumas enormes por el derecho de ver de cerca el combate.

En otro noticiario vio la imagen del satélite esférico, con sus grandes bocas laterales, numeradas, para la entrada de turbomóviles y *ferry*-rockets, o navescohetes. Allí dentro, en un

cuadrilátero crudamente alumbrado, dos hombres lucharían por un título mundial ante miles de seres. La Mundial Visión enviaría las imágenes a los receptores de televisión de quienes no tuvieron la fortuna de obtener una localidad para el gran acontecimiento deportivo.

Parecía absurdo. Pero pronto la supermente de Tazak Lux, el hombre de Saturno, se adaptó a ese supuesto absurdo. Y, con gran sorpresa por su parte, advirtió que la sangre —su sangre actual— también bullía un poco por la emoción del encuentro deportivo. Se había contagiado de la psicosis general, y se alegraba de ello. Así se demostraba a sí mismo que podía sentir como cualquier ser humano vulgar.

Incluso empezó a sentir preferencias por uno de los dos púgiles anunciados y vistos en los telefilms. Aquél más arrogante y bien parecido, el que parecía poseer menos músculos y peso. Sí, era Dewey Nelson. El otro, «Puños» Kelsey, era el coloso de manos enormes, rostro brutal y aspecto de gorila. No le gustaba ese hombre; no le parecía noble.

Casi sentía deseos de asistir al gran combate espacial. Allá, en el cielo negro y estrellado, sobre la ciudad, centelleaba ya la luz azul del Space *Sport* Stadium, al que hileras de lucecillas se encaminaban, formando sendas interminables. Los vehículos espaciales ya se dirigían al estadio del aire, a presenciar el combate pugilístico.

Poco después, él mismo deseaba ser uno de ellos. Sus ojos penetrantes, capaces de ahondar en tejidos y metales, como unos auténticos rayos, descubrían en muchos bolsillos las localidades para el gran acontecimiento.

Pero no quería robar. No hubiese sido justo ni honrado. Una mala manera de entrar en una sociedad que no era la suya. Sin embargo, necesitaba una entrada. Quería ser espectador del gran suceso deportivo.

Caminó varias calles sin lograr descubrir ningún medio de obtener una localidad. Carecía de dinero. Y aunque lo hubiera tenido, los anuncios indicando que se habían agotado las entradas bastaban para quitarle toda esperanza en tal terreno.

No desmayó, sin embargo. Ya encontraría el medio.

Su mente poseía una extraña fuerza telepática también. Al lado

de los cerebros terrestres, la energía mental del visitante era infinitamente superior. Lograba captar en el aire retazos de ideas, de pensamientos malignos y nobles, ideas triviales o trascendentes.

Detúvose, sorprendido de tal cualidad. En Saturno no había sido nunca un telépata. Ni lo era nadie que no estuviera especialmente dotado, que él supiese. Ahora, sin embargo, las débiles mentes humanas eran como libros abiertos, en cuyo interior leía sin dificultad alguna.

Casi le asustó su facultad superior. Aquello le hacía distinto a los demás. Le desplazaba un poco del humano rebaño, le marcaba como un auténtico «extraño», como un ser ajeno por completo a las demás criaturas.

Entró en un cinestéreo. Vio un fragmento de película, el final de un programa, cómodamente sentado en el gran anfiteatro de espectadores. Luego proyectaron un anuncio del inevitable combate de boxeo. Fatigado, se levantó, avanzó por el cine, y salió al amplio vestíbulo. Entraba gente, pero no mucha. La gran mayoría quería ver el combate en la TV.

Entonces, su mente telepática le avisó. Alguien, cerca de él, pensaba en robar… ¡Robar! Se volvió en redondo. La idea venía desde sus espaldas. Un hombre tropezaba con otro. Su mirada perforadora, de auténticos Rayos X, alcanzó a ver la mano huidiza, veloz y hábil, de un ratero que aprovechaba el rápido choque para arrebatar al otro hombre su cartera. Lo peor era que lo estaba logrando, y el hombre ni siquiera lo advertía.

Fue todo rápido, preciso. Era un profesional del robo. El hombre se quedó sin cartera y el ratero corrió hacia la salida, como si tuviera prisa por salir del cine.

Tazak Lux era infinitamente más rápido que él. Sus movimientos vertiginosos le situaron ante el ratero, que le miró con expresión de odio. La zurda del ladrón se movió, ligera. Centelleó entre sus dedos una aguda hoja de acero, que dirigió contra quien sabía que le había descubierto.

Pero no pudo hacer nada más. Lux eludió con un quiebro agilísimo, ayudado por la menor gravedad terrestre, el punzante objeto. Y asestó sobre la mandíbula del hombre un impacto seco con su puño cerrado. Tal como viera hacer en los noticiarios a los que llamaban «pugilistas».

El hombre se derrumbó en el acto, sin proferir siquiera un gemido. Muchos rostros se volvieron, sorprendidos. Entre ellos, el de la víctima inconsciente del robo.

Lux supo que estaba en un dilema. Era la primera vez que iba a hablar, a pronunciar palabras. El idioma era el inglés. Lo había aprendido bien, a través de su invento. Su formidable cerebro asimiló con facilidad las simples lenguas terrestres.

Arrancó al caído la delgada cartera oblonga, de material blanco. La enarboló, dirigiéndose al hombre. Y manifestó:

—Su cartera, señor. Se la robaron… Yo lo vi.

No dijo más. Carecía de confianza para extenderse con mayor amplitud. Pero el otro le comprendió. Parpadeó al ver la cartera y masculló, estridente:

—¡Cielos! ¡Mi cartera! ¡Mi cartera! ¡Y no lo había advertido!…

Se precipitó hacia él. Un policía uniformado acudía ya a hacerse cargo del ladrón y, dirigiéndose con una sonrisa a Tazak, manifestó:

—Gracias, señor. Su acción ha sido muy oportuna. Es un ratero profesional… Pero nadie logró nunca cazarle con las manos en la masa. Ha sido usted agudísimo, señor.

Tazak entendió cosas de todo aquello. El policía empleaba giros del lenguaje algo extraños para su comprensión. Pero se dio cuenta de lo que quería decir y sonrió, como quitando importancia a la cosa, pero sin despegar los labios.

El hombre de la cartera, recogiéndola, no cesaba de repetir frases de agradecimiento. La abrió y comprobó su contenido. Luego miró con una sonrisa amplia a Tazak.

—Observe, señor, observe —decía con acento febril—. Mire lo que llevaba en la cartera. Casi diez mil dólares oro. Y cinco dólares platino. El bribón se hubiese llevado un buen pellizco, de no ser por usted. ¡Ah, y todavía más! Mis documentos, mis notas… y tres entradas para la pelea de esta noche. ¡Tres entradas! Nada menos que eso, amigo.

—Celebro haberle sido útil… —Se arriesgó a decir Tazak.

—Oh, no sólo útil, amigo mío. Ha sido algo magnifico lo que hizo. Yo nunca lo hubiese advertido. Dígame lo que quiere de recompensa y se lo daré.

—No quiero nada, gracias. No quiero recompensa —su voz le sonaba extraña en aquel lenguaje. Su tono musical tenía que

endurecerse para hablar como los humanos. Pero el inglés, aunque algo exótico, le resultaba claro y comprensible—. Ha sido un placer ayudarle…

—¡Eh, espere entonces! —La mano del hombre le detuvo, aterrándole el brazo—. Ya que no acepta dinero, dígame lo que puedo hacer para demostrarle mi gratitud.

—Nada. Todo está, ya bien, señor.

—¡Un momento! ¿Le gusta el boxeo?

—Pues, sí —sonrió Tazak—. Pero no creo que…

—Entonces, aquí tiene una prueba de mi gratitud —le tendió uno de los billetitos azules, una entrada al Estadio Espacial—. Es una localidad de la tribuna especial de pista. Algo magnífico. Tendrá a los boxeadores ante sus mismas narices, amigo. Le deseo que disfrute del combate. ¡Ah! Y dese prisa en acudir. El espacio debe estar intransitable, amigo. Lo mismo que en el último encuentro entre los «Giants» y los «Dodgers» para el título universal de la Liga de
Base-Ball.

—Pero yo no puedo aceptar… Usted tendrá familiares o amigos que…

—No sufra por eso, hermano —rió el hombre, apartando con un ademán su gesto de devolverle la localidad—. Sólo vamos mi mujer y yo. Mi hija prefiere ir con el novio a bailar. ¡Peste! Bailar… habiendo un combate así. A lo mejor no nos vemos allí, porque son localidades separadas, las únicas que encontré. Le deseo una feliz velada, amigo. Y gracias por el favor… ¿Puedo saber cómo se llama?

—Er… sí… —meditó rápidamente y casi le hizo reír su falta de imaginación en aquel terreno, al oírse decir a sí mismo—: Smith, John Smith…

—Bueno, a pesar de llamarse así, es un placer, amigo —rió el otro, estrechando su mano.

Lux se alejó con la entrada entre los dedos, divertido por el final del lance. Estaba demasiado lejos para oír el comentario del policía, cuando éste, que ya había intentado varias veces, aunque inútilmente, reanimar al inerte ladronzuelo, observaba su mandíbula y mascullaba en voz alta:

—¡Cielos! ¿Con qué le pegaría ese hombre cuando lo derribó?

—Me pareció que con el puño —dijo un testigo—. ¿Por qué dice eso, agente?

—¿No ha observado? ¡Tiene la mandíbula rota por cuatro sitios! Virtualmente pulverizada. Debió de pegarle con un objeto de hierro o cosa parecida. Algo terriblemente demoledor…

—No sé… —El otro, perplejo, se rascó el cabello—. Pero juraría que era un puño, simple y llanamente. Acaso me equivoqué o vi mal…

—¡Claro que vio mal! —rió el policía—. ¡Menudo golpe! Lo que darían Kelsey o Nelson esta noche por conseguir un golpe que fuese la centésima parte de éste. Debió de llevar algo contundente, muy pesado. ¡Eh! ¿Dónde está el hombre en cuestión?

Nadie supo decírselo ni él dio con el aludido. Encogiéndose de hombros, dio por liquidado el incidente. Mientras tanto, el testigo aún se repetía, obstinado y perplejo:

—Bueno, que me ahorquen si yo vi otra cosa que el puño de aquel tipo. Pero, claro, eso no puede ser. Nadie tiene un puño de hierro.

Capítulo III

Los Rufianes



l vehículo penetró por el Acceso 19. Era el reservado especialmente al personal interior del Satélite Estadio. Una de las bocas laterales de la esfera flotante, de material plástico metálico, en cuyo interior se alojaban ya la casi totalidad de espectadores del gran «match» anunciado.

Mallins, el entrenador de Dewey Nelson, se volvió, sonriendo a su pupilo por encima del largo y aromático habano que humeaba entre sus labios. Le guiñó un ojo, en tanto el conductor manejaba diestramente la nave, situándola sobre las vías o deslizantes que conducían a los aparcamientos internos, en los vestuarios y dependencias del gran estadio de los cielos.

—Bueno, anima esa cara, Dew —le alentó—. Estamos ya dentro del cuchitril, y apenas faltan unos minutos para el combate. No ocurrirá nada anormal. La policía ha tomado medidas de seguridad

intensas. Ellos conocen bien a ese cerdo de «Papá *Boxer*» y saben de lo que es capaz. El combate se celebrará con toda normalidad. Después de todo, no vivimos en los tiempos del «gangsterismo» de hace cien años. El mundo se ha civilizado, Dew.

—Yo me pregunto si para mejorar —gruñó lúgubremente el joven boxeador.

Mallins no fue capaz de responder afirmativa o negativamente. Se limitó a contemplar cómo el vehículo espacial se posaba en el aparcamiento interior del Acceso número 19. Bajaron, situándose en el corredor automático, de banda deslizante, que les llevó a través de una distancia de cien metros hasta la puerta de «Vestuarios». Se abrió ésta y entraron en las dependencias destinadas a los pugilistas y personal técnico y profesional del deporte a presentar en el Estadio.

Allí, el bullicio de las gentes llegaba por los corredores que conducían a la gran pista rectangular del Satélite Stadium. Un zumbido sordo, continuado, que provocaban miles de gargantas en espera del acontecimiento, se extendía hasta el último rincón del satélite, penetrando como una marea por rendijas, huecos y muros.

Varias pantallas de televisión interior, que luego se conectarían con el *ring*, ahora todavía vacío bajo las crudas luces de energía solar concentrada en lámparas condensadoras, mostraban diversos ángulos del público. Inútilmente, Dewey buscó en las pantallas a Zindy. Era imposible descubrirla, entre miles y miles de cabezas hacinadas, pese a la perfección de la imagen estereoscópica en color.

—Vamos, Dew, deja eso —le avisó Mallins—. Sé lo que buscas. Zindy estará por ahí. Sabes que está, y eso basta. Si te preocupas demasiado por las chicas, te irá mal con los guantes. ¡Y lo tuyo son los guantes, no las chicas!

Dewey Nelson sonrió, encogiéndose de hombros. Entró en su camerino, seguido por su entrenador. Estaba habituado a sus reproches.

Empezó a desvestirse. El poderoso tórax, de potentes músculos y piel bronceada y tersa, brilló bajo las luces. Mallins y su auxiliar empezaron a vendarle las manos.

—Le puedes destrozar, Dew, si tienes tu noche —dijo entusiasmado el auxiliar de Mallins—. Ese cerdo de «Puños» caerá

por la cuenta antes del tercer asalto. Lo podría jurar.

—No estés tan seguro hasta ver que ocurre eso —gruñó Dew.

—¿Cómo? ¿Es que no tienes confianza en tus propias fuerzas, Dew?

—En mis fuerzas, sí. Las que me preocupan son las de «Papá *Boxer*» y los demás.

—¡Oh, Dew, acabarás por volverme loco con eso! —aulló Mallins, irritado—. ¡Deja en paz a esa gentuza! Aquí estamos seguros…

—¿De veras, hermano?

Se volvieron los tres brusca, violentamente. Pero de poco podía servir la violencia ahora. Los hombres que cubrían la puerta no usaban sus puños para encararse a Dewey Nelson. Empuñaban pistolas eléctricas. Cualquiera sabía que una de esas azuladas y cilíndricas armas podía carbonizarle con un simple contacto de una de sus chispas azules, cargadas de alta tensión.

Los tres individuos vestían ropas chillonas, detonantes, como en ellos era habitual. Dos eran anchos, fornidos, sus rostros les delataban como boxeadores «sonados». El del centro, que parecía capitanearles, era un viejo y vil conocido de Dewey: «Gafas» Mulligan. Sonreía ratonilmente, bajo el centelleó de sus gruesos cristales.

—¿Qué pretendéis hacer ahora? —inquirió Mallins roncamente —. ¿Estáis locos?

—Seguro —rió «Gafas» Mulligan—. Locos de remate. Pero no tanto como tú y tu pupilo. Dewey, el gran campeón, desechó una cantidad razonable por perder el combate. Ahora lo perderá igual… ¡y no veréis ni un centavo!

—Creo que te equivocas, «Gafas» —dijo fríamente Dewey—. Tendrás que matarme para conseguir eso. ¿Se atreve a tanto «Papá *Boxer*» y su gentuza, con ese estadio lleno y millones de personas pendientes del combate?

—Oh, no, no seas ingenuo —rió Mulligan de buena gana—. ¿Cómo dar un paso así? No queremos convertirte en un héroe. Ni «Papá *Boxer*» ni yo, ni ninguno de nosotros somos necios que nos dejemos llevar tontamente a la silla electrónica, a morir con el cuerpo bombardeado de electrones. Hay soluciones más fáciles y mejores.

—No podrás recurrir a ellas, «Gafas» —habló con dureza Dew, avanzando hacia él con los puños por delante—. ¡Tendrás que matarme o retirarte como una rata cobarde que eres!

—¡Quieto, Dew, no hagas locuras! —aulló Mallins, lívido, lanzándose a detenerle.

Pero Dew le pegó un empellón. Su fuerza lanzó a Mallins contra la mesa de masajes, que se deslizó bajo el peso del entrenador. Éste se rehízo a duras penas, en tanto que Dewey Nelson seguía su avance implacable hacia «Gafas» Mulligan. Éste y su pareja de esbirros armados parecían tranquilos ante la intención agresiva del boxeador.

Mallins temía ver surgir de un momento a otro la chispa eléctrica que mataría a Dewey, eliminando al mejor pugilista del mundo en el siglo XXI. No podía hacer nada por impedirlo. Se cubrió el rostro, lanzando un grito de angustia.

—¡Oh, noooo!… —aulló, sabiendo que, lo que fuese, iba a ocurrir instantáneamente.

Pero lo que sucedió no fue tan grave como él temía. Dewey Nelson, que esperaba la violencia por parte de Mulligan, se detuvo sorprendido al sentir el mareo.

Mulligan no había extraído su zurda del bolsillo. Demasiado tarde, el boxeador descubrió lo que ocurría. Algo, reventado dentro del bolsillo de «Gafas» Mulligan, emitía un vapor grisáceo que se filtraba por su ropa, flotando en tenues volutas por la atmósfera del camerino.

Dewey extendió las manos al sentir un olor ácido y repelente, al notar que se le nublaba la vista. Tambaleóse, gimiendo entre dientes:

—Aparta… aparta eso… de mí…

Mulligan lanzó una seca carcajada. Volvióse a sus hombres y avisó:

—En marcha, amigos. Dewey Nelson ya ha descubierto los efectos de la droga debilitadora. Eso basta.

Salieron rápidamente, conteniendo la respiración. En el camerino, Dewey seguía tambaleándose, oscilando de un lado a otro como un beodo. Pero también a su entrenador, a pesar de estar lejos de la neblina, le ocurría igual. Mallins Se llevó las manos a la garganta y balbuceó:

—¡Cielos, parece que me flojean las piernas… que voy a caer…!

Aferrándose a los muebles, logró mantenerse en pie. No así Dewey Nelson, que aparecía rodeado totalmente por la neblina gris, y que se abatió de rodillas, tanteando ante sí, como si estuviera ciego. El auxiliar de Mallins también sentía doblarse sus piernas, como si el cuerpo le pesara cien toneladas.

Pero logró mantenerse en pie y avanzó, sin respirar, hasta Dewey, extrayéndole de la niebla. Nelson rodó por tierra, arrastrando consigo a su ayudante. Mallins ni siquiera pudo acudir en su auxilio.

Todo lo que pudo hacer fue mirar al reloj, que marcaba la hora inflexiblemente. En el Satélite Estadio la hora correspondía al Meridiano de Greenwich exactamente. Y, por sus agujas, el reloj señalaba que solamente faltaban diez minutos para el primer combate de la velada.

En el suelo del camerino, Dewey Nelson, el futuro campeón, yacía inerte, antes siquiera de haber pisado la lona del «*ring*» del espacio, vencido por un K. O. traidor que nadie podía esperar.

—Está terminando el penúltimo combate, Mallins. Wood gana por puntos. Y empezaron ya el último asalto…

La angustiosa noticia llegó hasta Mallins, que respiró hondo. Siguió tratando de reanimar a Dewey Nelson. Pero todo era inútil. Dewey había vuelto en sí, desde luego. A fuerza de cuidados médicos, con estimulantes poderosos, habían logrado volverle la consciencia. Pero nada más. Sus músculos aparecían flácidos, su mente aturdida, y su fuerza sería inferior a la de un niño de diez años, si intentaba luchar.

—Es inútil, Mallins —suspiró el médico del Estadio—. Debe anunciar la retirada de su pupilo.

—¡Eso dará el título automáticamente a Kelsey! —aulló el entrenador—… ¡Será terrible! ¡Y las apuestas tendrán valor, enriqueciéndose esa gentuza miserable!

—Sé todo eso, Mallins. Pero no hay otro remedio. Dewey ha sido reducido a la más absoluta impotencia. El efecto de la droga puede durar una hora o veinte, no lo sé. Lo que sí sé es que dentro de diez minutos no podrá subir al «*ring*». Y mucho menos recibir un simple golpe. Caerá como un pelele, Mallins.

—¡Dios mío! —jadeó Mallins—. ¡Es una infamia, una infamia!

¡Denunciaré a esos rufianes, a esos cobardes! ¡«Gafas» Mulligan lo hizo por orden de «Papá *Boxer*»!

—Me lo imagino, Mallins —suspiró el doctor—. Pero si usted dice eso públicamente, dudo que llegue a sostenerlo ante el Gran Jurado Internacional. Antes de ello, «Papá *Boxer*» y su gentuza le habrá eliminado sin dificultades.

Mallins se estremeció. Sabía eso, que tan prudentemente le avisaba el doctor Knox. No resolvería nada por ese lado. Enmudeció, mordiéndose los labios rabiosamente. Miró a Dew Nelson, que le miraba estúpidamente.

Luego, giró la cabeza hacia la puerta. Un nuevo sentimiento de rabia le asaltó, al descubrir allí a un grupo de curiosos, asaltando el camerino en busca de autógrafos o de comentarios de Dew Nelson, el favorito de la afición mundial.

—¡Fuera! —aulló—. ¡Vamos, fuera! ¡Que no entre nadie! ¡Fuera, he dicho!

—Pero queremos ver al campeón… —dijo uno de los curiosos, tímidamente—. Siempre se nos ha permitido visitar al gran Nelson antes de un combate…

—¡Hoy es diferente! —Iba a añadir algo, pero cambió de idea—. ¡El campeón necesita descanso, tiene una pequeña excitación nerviosa y está reponiéndose! ¡Vamos, fuera! ¡Fuera!

Empujó a todo el mundo y cerró la puerta de golpe. Luego, jadeando, se apoyó en ella de espaldas, con un fuerte suspiro de alivio. El doctor Knox le miró, extrañado.

—Entre esa gente había aficionados, partidarios de Nelson, periodistas… ¿Por qué no les dijo la verdad, Mallins? Tienen derecho a saber que su héroe no saldrá a la lona.

—No sé, doctor. No sé por qué no lo dije. Tal vez porque espero un milagro.

—¿Milagro? —Knox meneó la cabeza, inclinándose de nuevo sobre el infortunado boxeador—. No existen milagros en el año 2016, Mallins.

—Siempre existen milagros… si se tiene fe en ellos, doctor —musitó Mallins, con voz débil.

* * *

El hombre del cabello negro-azulado y las gafas oscuras separó su cabeza de la puerta. Otros muchos seguían pegados a la entrada del camerino del ídolo. Esperando algo. Algo que no iba a ocurrir.

Él lo sabía. Lo había oído… cuando nadie podía oír nada. A través de una puerta refractaria al sonido. Al menos, eso pensaban «ellos», los terrestres. Su oído no era como el humano. Poseía una capacidad superior, algo así como un micrófono sensible a los sonidos de los peces en las profundidades o de los insectos en su mundo pequeño, en relación a un oído normal.

Había captado sonidos, voces, palabras. Claras y contundentes. Para una vez que asistía a aquel extraño espectáculo que era el boxeo, no vería el combate estelar. Él, Tazak Lux, se contaba entre los curiosos agolpados. Él había asistido a los combates preliminares, con la impaciencia del aficionado que espera el plato fuerte. Se contagiaba eso. Estaba en el ambiente viciado, denso, del gran Estadio del espacio.

Sólo que ahora él sabía que no iba a haber duelo final. Dentro de cinco minutos, Dewey Nelson no subiría a medir sus fuerzas y su habilidad con «Puños» Kelsey. Y éste sería calificado campeón automáticamente, por retirada del enemigo.

La noticia no se había dado. La colmena humana aguardaba impaciente, apiñada en los graderíos. Se esperaba el duelo final, el gran combate… un combate que no llegaría.

Contempló a una mujer que avanzaba hacia la puerta. Joven, hermosa, rubia platino. Era una pura delicia, aun para un ser de Saturno, contemplar aquella figura de mujer, moviéndose hacia el camerino. Entró, tras identificarse. Pero se prohibió la entrada a todos los demás.

Tazak Lux no intentó siquiera pasar. No lo necesitaba ya. Estaba pensando. Vio al fondo del corredor a cuatro hombres. Uno de ellos llevaba gafas y tenía aire ratonil. Le escoltaban dos tipos de rostros achatados y orejas de coliflor. El cuarto hombre era el más singular. De ojos grises, acerados, cabello blanco y liso, peinado cuidadosamente. Vestía enteramente de blanco. Elegante y untuoso a la vez. Alguien dijo, cerca de él:

—Mira allá. Ésos son «Papá *Boxer*» y su gentuza. Esta noche darían un brazo por no ver a Dewey Nelson en la lona, o por verle vencido. Apuestan más de dos millones a favor de ese cerdo de

Kelsey, su protegido.

—Sí, pero Nelson hará papilla al pupilo de esos rufianes —añadió otro.

Tazak frunció el ceño. Él sabía que eso no iba a ocurrir. El campeón no saldría al «*ring*». Y aquel elegante «Papá *Boxer*», de cabello blanco y expresión aguileña, ganaría dos millones.

«Eso es injusto —se dijo Tazak—. Totalmente injusto. Y quizás innoble…»

Ahora comprendía quién utilizó el gas, del que había oído hablar a través de la puerta, contra el inconsciente Dewey Nelson.

Su mente rápida, ingeniosa y diestra, comenzó a trabajar. Una sonrisa iluminó su semblante, de súbito. Contempló el reloj. Faltaban unos minutos. Tres, exactamente.

Tenía que hacerlo en tres minutos. Justamente en tres. Sólo hacía falta alejar de allí a la gente. ¿Existía un medio? Sin duda lo había. Y si lo había, la mente del hombre de Saturno daría con él.

* * *

El doctor Knox había sido llamado urgentemente al televisófono. Pero regresó apenas un minuto después y avisó a Mallins:

—Dejadme a solas con Dew. Voy a intentar algo. Sería mejor que hicierais desalojar el pasillo. Entre tanto, yo actuaré… No anunciéis todavía nada de esto.

Mallins le miró con sorpresa. Pero, perdido por perdido, era mejor dejar al médico luchando a la desesperada. Hizo un gesto a su auxiliar y salieron juntos del camerino.

Ayudados por la policía, pronto quedó el corredor despejado. Mallins, nerviosamente, consultó su reloj. Era la hora justa. En los graderíos, el público clamaba ya por la presencia de los luchadores. «Puños» Kelsey apareció entre un clamor y muchos silbidos. Al pie de las cuerdas, «Papá *Boxer*» estrechó la mano a su pupilo y sonrió cínicamente al público. Más allá, «Gafas» Mulligan le guiñó un ojo. Kelsey se cimbreaba en las cuerdas, esperando al enemigo. Pero el enemigo no aparecía. El público se impacientaba más y más.

Mallins regresó, sudoroso, al camerino. Sabía que todo era inútil. Abrió la puerta…

—¡Vamos, ya era hora, Mallins! ¡Voy a llegar tarde!

El entrenador, asustado, retrocedió. Cerró violentamente la puerta, aunque no había nadie en el corredor y era un gesto inútil.

Ante él y su auxiliar, Dewey Nelson se ajustaba los guantes y su aspecto general parecía perfecto, lleno de fuerza y seguridad. Los potentes músculos vibraban bajo la piel tersa, broncínea. Tan fuertes como siempre. O más tal vez…

—¡Cielos, Dew! —chilló—. ¿Es posible?… ¿Y el doctor Knox?

—Se marchó —sonrió Dew—. Dijo que ya no hacía falta aquí… Vamos, ayudadme. Ha pasado la hora. No quiero que ese rufián de Kelsey se calce el título sin luchar… ¡Y por Dios que va a tener que luchar mucho para conseguirlo!

Soltó una carcajada, que era un enigma para Mallins.

Capítulo IV

Sorpresas



l clamor era insoportable ya. El público, con grandes protestas, reclamaba al otro púgil. Zindy, nerviosa, no separaba los ojos de la puerta de los vestuarios. De un momento a otro saldría Mallins por allí, a anunciar la retirada forzosa de su pupilo. Podría acusar a los culpables, ciertamente. Pero no lo haría, porque sabía que era perfectamente inútil y hubiese significado su condena a muerte definitiva.

Zindy había vuelto a su localidad solamente a recoger su sobretodo amarillo y su capucha. Se marchaba ya, sabedora del dramático incidente. Sólo ella, entre todo aquel vociferante público, sabía lo que estaba sucediendo entre bastidores. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos. No podía remediarlo… Había cifrado todas sus esperanzas en aquella gran noche. Amaba a Dewey Nelson y hubiera sido muy feliz al verle triunfador sobre el cuadrilátero.

Empezó a retirarse hacia uno de los grandes Accesos automáticos. Entonces, súbitamente, el clamor cesó. Se hizo un silencio impresionante. Zindy deteniéndose, giró la cabeza hacia donde todo el mundo miraba en aquel instante.

Descubrió lo inaudito. Una exclamación de estupor brotó de su garganta. Y el nombre surgió de sus labios con la intensidad de un golpe de aire en las cumbres:

—¡Dew! ¡Dewey Nelson!

Era Dewey Nelson. Avanzaba erguido, sereno, con su cabello tan negro que al ser herido por las crudas luces parecía azul. Con la sonrisa de sus grandes noches, con la bata de raso rojo sobre los hombros. Erguido, firme, sosteniéndose sobre sus largas, elásticas y poderosas piernas. Avanzando sin prisas, como un héroe a quien se creyera muerto, hacia el cuadrado encordado.

Kelsey lanzó una imprecación soez. Sus ojos desorbitados se clavaron en el enemigo. La sonrisa de triunfo, confiada y cínica se borró de sus labios. Giró la cabeza, buscando el rostro de «Papá *Boxer*». Éste, repentinamente lívido, cambió a su vez una mirada nerviosa, estupefacta, irritada, con «Gafas» Mulligan. El hombrecillo se encogió de hombros y tragó saliva, estremeciéndose espasmódicamente.

Dewey Nelson llegaba ya al «*ring*» y subía los escalones entre un clamor inmenso. «Papá *Boxer*» estrujó un cigarro entre sus manos y vaciló, sin saber qué hacer. Muchos le miraban con aire burlón. Parecían esperar la derrota de Kelsey.

—No lo entiendo… —masculló, furioso—. La droga no podía fallar.

—No falló, jefe —dijo uno de sus esbirros, junto a él—. Yo le vi en el vestuario. Estaba como un pelele.

—Entonces, ¿qué mil diablos…?

—Una droga fuerte, jefe. Un estimulante. Pero si Kelsey pega fuerte desde el principio, se acabará. Está débil, la droga tiene que haberle dejado deshecho.

—¡Avisa entonces a Kelsey! ¡Que ataque en tromba… y despiadadamente!

El otro asintió. Corrió al borde del «*ring*» y habló con el entrenador de Kelsey, que afirmó y pasó los consejos a su pupilo. El pugilista asintió, con mirada aviesa.

—Lo intentaré —dijo roncamente—. Pero ese demonio no parece nada débil… Al contrario; se le ve más fuerte que nunca.

Era cierto. El Dew Nelson que pisaba la lona daba la impresión de ser una mole. Los ojos entornados de Nelson escrutaron todo el gran estadio. Nadie, a aquella distancia, podía advertir que sus pupilas habían cambiado extrañamente de color y que ahora eran violáceas.

Pero ni siquiera Mallins, demasiado nervioso para nada que no fuera el combate, había descubierto la anomalía. El cabello de Nelson era también algo más negro, más azulado. Sin embargo, nadie descubría tales diferencias. En lo demás, el físico de Dewey era el de siempre. No cabían, por tanto, suspicacias.

Se presentó a los púgiles. El ambiente, caldeado al máximo, parecía rebosar tensión, el aire mismo pesaba angustiosamente dentro del Satélite Estadio. Tras los preliminares, sonó el gong eléctrico.

Saltaron ambos púgiles. Se miraron, en guardia ambos. Kelsey parpadeó, sorprendido. La guardia de Nelson era deficiente. Tan deficiente, que se le podía atacar por cien sitios a la vez. Ni un novato haría tal cosa.

Claro que podía ser una trampa. Avanzó, prevenido, cauto. La gente, entendida en lo que veía, se movió desconcertada. ¿Qué clase de táctica era aquélla de Nelson, dejándose descubierto por completo?

Tiró un directo a Kelsey cuando éste se acercó, pero falló lamentablemente. Un «¡oh!» de decepción llenó el estadio. «Papá *Boxer*» sonrió de pronto. El Dewey Nelson que salía a luchar era una nulidad. La droga, después de todo, hacia su efecto. Parecía como si fuese la primera vez que subía a un «*ring*». No sabía ni boxear.

Kelsey, en cambio, conectó dos impactos al torso y mandíbula de Nelson. Éste recibió los impactos pero no notó nada. Eran como caricias, como golpes de una pluma. Pero se suponía que debían de hacerle daño. De modo que se echó atrás y dobló una rodilla en tierra. El árbitro empezó a contar. Un letrero luminoso marcó cifras, rápidamente: Uno, dos, tres…

Se levantó. Había visto perder a uno, a la cuenta de diez. No sabía boxear, pero sí entendía que seguir así significaba la derrota. Se incorporó tan torpemente, que le llovieron cuatro o cinco

mazazos brutales de Kelsey. Se dejó caer otra vez. De nuevo la cuenta luminosa, allá en una tribuna del Estadio: Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

Sonreíase para sí. Era divertido aquello. No sabía boxear, desde luego. Del auténtico Dewey Nelson, Tazak Lux solamente tenía la envoltura física, muy fácil de conseguir para un «polimorfo» como él. Pero nada de su ciencia pugilística.

Zindy tembló, apoyándose en un poste metálico. Sollozó entre dientes:

—Dios mío… Dios mío…

«Gafas» Mulligan y «Papá *Boxer*» sonreían de nuevo. El público, defraudado, silbaba estrepitosamente a Nelson por su desastrosa exhibición ante un Kelsey que se crecía por momentos y que le castigaba brutalmente. Era raro que no sangrase aún después de los golpes recibidos.

El que todos creían Dewey Nelson se incorporó una tercera vez, tras la cuenta de siete. Sonó el gong cuando iba a golpearle de nuevo Kelsey y los púgiles regresaros a los rincones, entre un escándalo terrible del público. Mallins se inclinó frenéticamente sobre su pupilo. Estaba congestionado:

—¡Dew, abandona! ¡Abandona, por Dios! ¡No puedes pelear! ¡Te mueves por la lona como un niño de dos años! ¡Vamos, tienes que abandonar… o lo haré yo, maldita sea!

—Tú no harás nada —sonrió Nelson, rechazando enjuagarse la boca ni protegerse con la goma—. ¿Quieres acción rápida? La tendrás. Ahora termino con Kelsey.

—¡Estás loco! ¡Ni siquiera le tocarás! ¡Y él te coserá a golpes! ¡No me explico cómo no te ha destrozado la cara!

—Tengo una piel más dura de lo que suponía ése —señaló a Kelsey, que sonreía, triunfal, en su rincón—. Pero no quiero que hagas una tontería y tires la toalla. Yo lo resolveré.

—¡No voy a dejarte! ¡Tiraré la toalla en cuanto suene el gong!

—No harás eso, Maíllos —replicó fríamente el boxeador—. Te pido un minuto. Sólo uno. Si no he acabado con Kelsey entonces, tira la toalla. ¿De acuerdo? Un minuto. Un solo minuto no me perjudicará.

—Está bien, cabezota. Esas drogas debieron trastornarte. Un minuto. Y no un segundo más… —Sonó el gong. Mallins le palmeó

la espalda—. ¡Adelante… y que Dios te proteja!

—Dios protege a todos los que lo merecen —musitó Nelson, saltando adelante.

Avanzó con la misma torpeza hacia Kelsey. Mallins se tapó los ojos, con un gemido. Los puños de Kelsey, entre un clamor de sus partidarios, martillearon a Nelson brutal, despiadadamente.

—¡Ahora acabo contigo! —rezongó Kelsey en voz baja, pegando fuerte a Nelson, acorralándole hasta conectar su temible izquierda contra su mandíbula con la potencia de un cartucho de dinamita—. ¡Toma, estúpido! Ahí acaba Dew Nelson…

El impacto hubiera roto cualquier mandíbula. Nelson se la había dejado totalmente al descubierto, a medida para el golpe fulminante y decisivo. Todos esperaron la caída. Sobre todo, Kelsey.

El enemigo sonrió fríamente, sin moverse ni inmutarse. Y habló a Kelsey en el espantoso silencio que se hizo:

—Es inútil todo, Kelsey. Ni siquiera noto tus puños…

Boquiabierto, Kelsey se quedó mirándole sin poder creer lo que veía. Aquello no era posible. Cuando el puño de Dew Nelson se estrelló en su mentón, descuidada la guardia por el estupor, fue como si un bloque de roca viva pegara en el rostro del púgil. Una bocanada de sangre saltó de su boca. Saltaron dientes, se quebró la mandíbula con un crujido feroz, y Kelsey se derrumbó de bruces, como un saco, sin proferir siquiera un gemido.

Un silencio estupefacto, atónito, se abatió por un par de segundos sobre el estadium. «Papá *Boxer*» casi se tragó el nuevo habano que se disponía a fumar, siguiendo la victoria arrolladora de su pupilo. «Gafas» Mulligan gimió, aturdido, sin entender nada de todo aquello.

Y entre tanto, Mallins parpadeaba, sin lograr entender lo ocurrido. Uno de los jueces dijo algo al oído de otro. Éste asintió y pulsó un resorte sobre la mesa de puntuación automática. Dos agentes de policía se encaminaron al lugar con premura, desde el retén donde se encendiera la señal de luz roja que significaba una seria emergencia.

Fresco, poderoso y risueño, como si el feroz combate no hubiera existido siquiera, Dew Nelson, en el centro del *ring*, era proclamado triunfalmente campeón universal de los grandes pesos por el árbitro de la contienda.

—¡Que me ahorquen si lo entiendo! —aulló Mallins, sudoroso—. ¡Dew jamás aguantó bien una paliza! Y sus puños son fuertes… ¡pero no tanto, por todos los diablos!

Sin embargo, allí estaba la victoria. La gran victoria inesperada, cuando lógicamente tenía que haber sido él quien estuviera sin sentido. Saltó a la lona el preparador de Nelson y abrazó entusiasmado, casi llorando, a su pupilo. Éste sonreía, quitando importancia a la cosa.

Porque, después de todo, ¿qué importancia podía tener para la fuerza física de un ser de Saturno acabar con un tipo de los que en la Tierra llamaban «atletas»? Ni siquiera hacía falta saber boxear. Era como enfrentar a un hombre con un rinoceronte. Éste ni siquiera necesita calzarse guantes de pugilista.

La voz fría, impersonal, detuvo los entusiasmos de Mallins:

—Un momento, señores. En nombre de la Ley, hemos de comprobar los guantes de su pupilo.

—¿Eh? —Mallins se volvió, irritado. Contempló a los dos agentes de policía uniformados de verde y al inspector de paisano, que habían subido al «*ring*» entre un clamor formidable del público, en protesta por su intervención tras la victoria, ya ni siquiera soñada, de su ídolo—. ¿Qué significa esto? ¿Qué pretenden ustedes?

—Por el momento sólo comprobar los guantes de su pupilo —repitió el inspector—. Y si encontramos lo que la Mesa de Arbitraje supone, arrestarle formalmente.

La aguda mente del falso Dew Nelson leyó en sus pensamientos con facilidad. Sonrió al preguntar:

—¿Y si no lo encuentran?

—En ese caso, le pediremos disculpas oficialmente, señor Nelson —dijo el policía.

—Habrá algo más que eso —estalló Mallins, enfurecido—. Presentaré una denuncia por mala fe contra el Comité de Arbitraje.

El policía se encogió de hombros, dando a entender claramente que esa medida le tenía sin cuidado, y avanzó hasta Nelson. Mallins, echando una ojeada al destrozado rostro de «Puños» Kelsey, a quien sacaban ya del «*ring*» sin haber vuelto en sí, tembló de pies a cabeza. Evidentemente era preciso reconocer que el Comité de Arbitraje de la pelea tenía toda clase de razones para imaginar que tras el guante de Dew había, por lo menos, una

herradura. Si no la pata entera de una mula…

El guante izquierdo de Nelson fue extraído. Luego, el derecho. Se soltaron los vendajes, siempre bajo una sonrisa del púgil. Luego se rebuscó a fondo en los guantes. Nada, absolutamente nada.

Los árbitros, estupefactos, se miraron entre sí. Aquello no lo entendía nadie. Pero algo se acababa de probar, ante los cientos de miles de espectadores del gran duelo espacial por el título máximo. Que Dew Nelson había destrozado a su enemigo de un solo golpe, ganando con él su título de campeón…

* * *

—«Papá *Boxer*» pide una revancha para Kelsey. Quiere fecha, Mallins.

—¡Que se vaya al diablo «Papá *Boxer*»! —rió Mallins de buen humor—. De ésta no se levantará fácilmente. Al menos ha perdido un par de millones…

—Está furioso, Mallins. Quiere la revancha. Si se le niega, puede ser muy peligroso.

—¡Esos cerdos! Hicieron todo lo posible por destruir a Dew. Sólo un milagro impidió que ello ocurriera. Si se repite este combate, sé lo que harán. Incluso serían capaces de matar a Dew o de cualquier otra barbaridad por el estilo. No, no se acepta revancha. Dew combatirá con otro aspirante dentro de tres meses. Eso es todo.

—¿La última palabra? —inquirió, temeroso, el agente de la Empresa del Satélite Estadio.

—¡Eso es! ¡Al diablo todos y dejadme solo con Dew! —refunfuñó Mallins.

En el camerino quedaron solos el flamante campeón, su entrenador y su auxiliar. Dewey Nelson suspiró, mirándose los puños. Sus ojos violáceos se fijaron, entornados, en Mallins. El entrenador decía:

—La verdad, Dew, jamás creí posible aquello. Kelsey golpeaba como una mula. Y cuando parecía inevitable que cayeras, cuando todos te dimos por perdido, resurges y le abates de un solo impacto terrible. ¿Qué ha sucedido, Dew? ¿Qué te hizo el doctor Knox en nuestra ausencia? Y, hablando de todo, ¿dónde está el doctor Knox?

El supuesto Nelson vaciló. Podía revelar la verdad ahora. Pero

no le parecía oportuno. Sin embargo, era preciso sacar al inconsciente Dewey, al verdadero Dewey Nelson, de su encierro en un armario de aquel mismo camerino. Y al doctor Knox, al que previamente suplantara también, adoptando su forma física, encerrado en otro lugar seguro del Estadio del Espacio.

Su mente obró rápidamente. Como recordando algo, se dio una palmada en la frente y masculló:

—¡Ahora que lo recuerdo! ¡El doctor Knox se sentía indispuesto cuando me curó! Le vi salir tambaleante. Debéis ir a ver lo que le sucede. Dijo que iba a los lavabos… Yo, entretanto, me vestiré. Dejadme solo, por favor. Necesito reflexionar un poco. Ya os contaré esto dentro de unos instantes.

Mallins le miró, intrigado. Pero conocía a Dewey. Era un hombre de ideas súbitas y obstinadas. Valía más seguirle la corriente. Sobre todo, después de un combate como aquél.

—Sí, Dew —hizo un gesto a su auxiliar—. Vamos, Tom. Será mejor ver lo que le ocurre al doctor. La verdad es que no lo he visto por parte alguna. Dejemos a Dew en paz unos momentos. Le irá bien.

Salieron. El falso Nelson sonrió. Rápido, avanzó hasta el armario y lo abrió.

* * *

—No… no lo entiendo… —Miraba fija, obstinadamente, al hombre erguido ante él. Al principio había creído verse ante un espejo. Y no era un espejo—. ¡No puedo entenderlo! ¡Usted… usted es igual que yo! Igual en todo… Bueno, sus ojos son de otro color. Un color raro. Y su cabello es más oscuro… más azul tal vez. Pero somos idénticos. ¿Qué significa este misterio, amigo?

—Es fácil de referir, señor Nelson. —Tazak Luz suspiró, dando unos breves paseos por el camerino—. Pero difícil de creer. Yo no soy como aparento ahora. En realidad, no me parezco en nada a usted. Pero tengo la virtud de cambiar mi aspecto.

—¿Un disfraz? ¿Maquillaje? —el repuesto Dewey Nelson tocó la faz del otro con un rápido ademán—. ¡No, eso no es cierto! No va usted maquillado. Ni disfrazado.

—Ya lo sé —rió Tazak Lux—. No es ésa la explicación. Yo, señor

Nelson… SOY DE OTRO PLANETA.

—¡Oh, no! —soltó una carcajada áspera, casi histérica—. Eso es absurdo, amigo.

—¿De veras lo cree? —Lux tuvo un gesto burlón—. Bien. Explíqueme, entonces, cómo he podido suplantarle sin que nadie lo advirtiese, cómo destrocé a Kelsey de un solo directo y cómo pude recibir docenas de puñetazos suyos sin sentirlos. Explíqueme cómo le he hecho ganar el título, con malas artes, pero no peores que las del enemigo. Y si hay una explicación lógica, yo seré un terrestre vulgar.

Dewey Nelson arqueó las cejas. No dijo nada. Tras un silencio, comentó:

—Bueno, supongamos que es un ser de otro planeta. ¿Y qué más?

—Primero suplanté al doctor Knox. Luego, a usted. Y le he ganado el campeonato. No fue difícil, de modo que no me dé las gracias. En realidad, fue muy divertido, aunque no tengo la menor idea de boxeo. Su planeta es un lugar muy divertido, señor Nelson…

—¡No, no puede ser! —gimió Dewey—. Yo estoy loco… o lo está usted.

—Ni una ni otra cosa. En realidad, tiene razón para sentirse escéptico. Esto debe de ser la primera vez que sucede. Pero sucede. Y eso es lo que cuenta. Lo que debe hacer, es admitir que usted conquistó ese título, que usted luchó y venció ahí fuera, en el Estadio. No le será difícil. Nadie duda de ello… y tiene millones de testigos, directos o por la televisión, que creen tal cosa. ¿Entendido?

—Sí… entendido —asintió gravemente Dew—. Parece un milagro. Pero debe de ser real. O las cosas no serían así, después de perder yo el sentido.

Miró con intensidad al exacto «doble» suyo. Y manifestó suavemente:

—Al menos… al menos ¿puedo saber a quién debo este gran favor, amigo?

—Sí —asintió Tazak Lux—. Procedo del planeta que ustedes llaman Saturno. Mi nombre es Tazak Lux. No soy un invasor. He venido huyendo de mi mundo. Y he descubierto que poseo unas facultades que no son comunes entre ustedes. Dé gracias a ellas de

que «Papá *Boxer*», Kelsey y su gentuza hayan fracasado. Pero ahora quieren una revancha. No se la aconsejo. Serían capaces de todo con tal de destruirle. Y hasta mi poder tendría sus límites, porque no soy un mago, sino simplemente un ser inteligente, con ciertas ventajas sobre ustedes. Nada más, amigo Nelson.

—Sea como sea usted, Tazak Lux… gracias. Muchas gracias por todo —estrechó su mano con calor—. No lo olvidaré nunca mientras viva.

Golpearon en la puerta. Los dos Nelson giraron la cabeza. La voz de Mallins se oyó, mientras accionaba el picaporte con energía:

—¡Vamos, Dew, abre! ¡Somos nosotros! ¡No te encierres, diablo!

—Bueno, llegó la hora —rió Tazak—. Vaya a abrir. Yo, entretanto, cambiaré mi aspecto. Es una operación rápida. Pero vale más que no la presencie; podría serle desagradable.

Asintió Nelson, todavía bajo el efecto de su aturdimiento anterior y de la enorme sorpresa sufrida ante su sosias. Avanzó hacia la puerta. Premeditadamente lento, parsimonioso.

Detrás de él el cuerpo de Lux se agitó. La metamorfosis se realizaba ya. Dewey no miró. Sólo lo hizo antes de abrir la puerta, viendo a un hombre atlético, con gafas negras, cabello oscuro, azulado, y aspecto afable. Le hizo un gesto cordial.

—Todo va bien —dijo Tazak Lux, con su nueva envoltura física —. Abra, Nelson.

Dew abrió. Mallins, Tom y el doctor Knox entraron casi en tromba. Se enfrentaron a Dewey y luego miraron con asombro al hombre de las gafas negras.

—¡Eh! ¿Quién es ése? —aulló Mallins—. ¿Por qué lo dejaste entrar?

—Es un periodista —sonrió Dew rápidamente—. Puede quedarse.

—Podría haber sido un hombre de «Papá *Boxer*». ¿Sabes lo que le ha ocurrido a Knox? Dice que no recuerda nada de nada. Fue al teléfono y le golpearon. Ni siquiera recuerda haber venido a asistirte. Debía de estar semiinconsciente, aunque no lo parecía entonces. Te curó y al ir a los lavabos debieron de golpearle otra vez, o le hizo efecto el golpe anterior. De cualquier modo, esa gentuza conspira alrededor tuyo solapadamente, Dew.

—Ya lo imagino —rió Nelson, guiñando un ojo a Tazak Lux—.

Pero fracasaron. Ahora, yo soy el campeón.

—¿Fracasaron? —Mallins frunció el ceño, furioso—. Eso no lo sé, Nelson.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir con eso? —Se intrigó Nelson.

—Verás, Dew. Has triunfado esta noche en el «*ring*». Pero hay algo que aún no sabes; la última jugada de esa pandilla de rufianes. Quieren una revancha. Y esperan tu respuesta durante las próximas veinticuatro horas… o actuarán como corresponda.

—No les temo. Si intentan algo contra mí, será peor para ellos.

—No es eso, Dew. Lo que intentan contra ti lo han hecho ya.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes, Dew. Lamento decírtelo, porque eso amargará su triunfo de ahora. Pero has de conocer la verdad, tarde o temprano. Vale más que sea lo antes posible. Han secuestrado a Zindy. Ha desaparecido, Dew. Y te exigen la revancha con Kelsey a publicar en las veinticuatro horas próximas… O ZINDY NUNCA VOLVERÁ VIVA.

CAPÍTULO V

DILEMA

reen que van a resolver algo así?

—Claro, preciosa. Tu querido Dew accederá a firmar esa revancha… o recibirá tu cadáver a reembolso —rió «Gafas» Mulligan malignamente—. Se ha acabado el juego cómodo. Si quiere guerra, la tendrá. Nadie pelea con «Papá *Boxer*» impunemente.

—Dew no aceptará. Y a mí no me importa morir, si es para que acabéis todos en la cámara, electrónica de la Muerte…

¡Slam! El trallazo del bofetón sacudió de lado a lado la cabeza de la muchacha. Su blondo pelo plateado se agitó a consecuencia del brutal impacto. Enrojeció la mejilla golpeada, y por la comisura de sus labios rojos y carnosos brotó un hililllo de sangre.

—Eso te enseñará a callar, fierecilla —rezongó «Gafas»—. Y a

acatar lo que yo diga, sin respuestas altivas. Aquí mandamos nosotros, pequeña.

Zindy apretó los labios, sintiendo el dolor y el escozor del golpe dentro de su boca. Pero, era una muchacha valerosa. Ni siquiera se quejó ni dijo nada. «Gafas» Mulligan se apartó de ella y avisó a sus hombres, en el exterior de la cámara metálica donde estaba encerrada ahora la joven, tras su secuestro en pleno bullicio del Satélite Estadio:

—¡Vosotros, vigilad bien! Si esta chica escapara, perderíamos la cabeza todos. El jefe quiere conservarla hasta que Dewey Nelson firme ese contrato de revancha con Kelsey. Respondemos con la vida de la prisionera y su conservación aquí.

Se detuvo, a punto de salir, y sonrió torcidamente a la bella muchacha ligada con cinta metálica magnética a una silla de acero.

—Ahí te quedas, amiga. Durante veinticuatro horas esperarás el resultado del ultimátum de «Papá *Boxer*». Si Dew no acepta, no volverás a ver la luz. Por lo tanto, tampoco vas a recibir comida ni bebida. Dentro de veinticuatro horas saldrás sana y salva si tu enamorado entra en razón. Pero solamente en ese caso.

Ni siquiera sabía dónde estaba. Zindy pensó en esa angustiosa oscuridad que rodeaba su mente cuando la puerta se cerró y quedó a solas con su amargura y su inquietud.

Había sido secuestrada audazmente en pleno revuelo del estadio. Cuando penetró por el pasillo que conducía a los vestuarios, unas manos se ciñeron a su cintura, y un arma se apoyó en su espalda. Así amenazada, se la condujo por un corredor lóbrego y desierto, hasta un aparcamiento de vehículos. Le cubrieron los ojos con una venda opaca. Y sintió que volaba a bordo de alguna nave vertiginosa, rumbo a alguna parte de la que no tenía la menor idea.

Luego, el viaje terminó. Encontróse conducida por unos corredores, descendió en un ascensor ultrarrápido y, cuando le quitaron la venda de los ojos, se encontró en aquella cámara cuadrangular, de fríos muros grises de acero impenetrable. De allí nunca saldría, si no era para morir… o para volver junto a Dewey Nelson.

Pero esta última posibilidad estaba subordinada a otra vergonzosa, que significaría el desastre inevitable para el campeón.

Dew, resurgiendo como Ave Fénix fabulosa de entre las cenizas

de su inminente desastre sobre la lona, había triunfado en una noche gloriosa para la historia de sus puños. Pese a todas las malas artes y cobardías de una pandilla de rufianes y especuladores del deporte, carroña que se movía entre bastidores desde muchos años antes.

Si ella volvía con vida Dewey Nelson tendría que haber firmado la revancha Y eso nunca significaría que Kelsey esperase noblemente a su rival, en un ángulo de la lona encordada. No. Ésa no era su táctica, ni tampoco la del «gang» del enfurecido «Papá *Boxer*», que en una sola noche perdió dos millones y pico de dólares-oro. No era su sistema dar oportunidad alguna al enemigo.

Era preferible morir, no volver a ver la luz, a saber que Dewey firmaba aquella revancha. Porque no sólo su título de campeón o su carrera estarían ya en peligro, sino que su propia vida, su integridad física, dependerían tan sólo de cualquier inesperado «accidente» que haría caer al campeón antes de la batalla, dando el título al candidato sin necesidad de encerrarse entre las cuerdas de un «*ring*».

Zindy no sentiría en absoluto ser la víctima de los secuestradores si, a cambio de ello, Dewey Nelson seguía con vida y eludía, el terrible peligro. Una mujer enamorada paga ese tributo gustosa, llegado el tremendo dilema.

* * *

—Hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano, Nelson. Llevamos diez horas registrándolo todo inútilmente. Zindy no aparece.

—¡Es que tiene que aparecer! ¡Tiene que aparecer! —aulló Dew Nelson inclinándose y machacando con sus puños la mesa del capitán de la Policía Espacial—. ¡«Papá *Boxer*» y su gentuza la tienen secuestrada! ¡Es un rehén para que yo firme esa revancha!

—Mire, Nelson —el capitán Forbes, de la Policía Espacial, respiró hondo antes de hablar serenamente—. Yo sé todo eso extraoficialmente. Pero nadie, absolutamente nadie, puede presentar una sola prueba ante el Gran Jurado Internacional contra ese hombre o sus amigos. ¿Puede hacerlo usted ahora? Hágalo entonces y yo haré arrestar en el acto a «Papá *Boxer*». Pero no me

pida imposibles. La Ley es la Ley, Nelson.

—¡La Ley es una indignidad, si permite que gentes como ese perro anden en libertad y cometan crímenes abominables contra la sociedad! —aulló Nelson.

—¡Repita eso y le hago encerrar a usted por ofensas a la autoridad! —replicó el capitán Forbes, furioso—. Mallins, haga que su pupilo se recate un poco, o no respondo de mí…

Asintió Mallins, esforzándose en retener a Nelson e impedir su estallido de justa ira.

—Vamos, Dew, todos sabemos que «Papá *Boxer*» es un canalla, pero faltan pruebas. Nadie sabe que él fue el autor del secuestro de Zindy… al menos, con pruebas. Y desde que el mundo es mundo, las pruebas son la base de todo. Sin ellas, nada es útil, amigo mío.

Se llevó a viva fuerza a Dewey Nelson. La puerta se cerró tras ellos.

El capitán Forbes resopló y miró con irritación a su subordinado, el agente que se ocupaba de la máquina electrónica de escribir.

—Todos quieren tener razón —rezongó—. Como si fuera fácil meter en un lío así a un tipo tan listo como «Papá *Boxer*».

—Los boxeadores sólo tienen puños y músculos, capitán. Pero carecen de cerebro —rió su subordinado.

—Es verdad No puede esperarse demasiado de esos brutos. Por favor, Reg, tráigame un café de la cantina. Ese tipo me ha excitado los nervios.

—Enseguida, señor.

Salió el otro policía. Una vez solo, el capitán Forbes miró a ambos lados. Estaba solo en la oficina de la Policía Espacial, en el Satélite o Estación Patrulla número 0. Rápido, estiró la mano, descolgó un teléfono y marcó un número. En la distancia, el espaciófono zumbó, llamando. Una voz se puso al receptor, al cesar el zumbido.

—¿Diga?

—Aquí Forbes —dijo el policía roncamente—. Nelson estuvo aquí.

—Oh, entiendo. ¿Y qué?

—Está desesperado. Es capaz de cualquier cosa.

—De todos modos, nada logrará, Forbes. Si sabe algo, siga informando. ¿Cree que apelará a la Alta Justicia Internacional?

—No sé. Posiblemente lo haga. Pero carece de pruebas.

—De todos modos, sería engorroso para nosotros que el más alto organismo policíaco jurídico del mundo metiera la nariz en esto. Enviaré a mis hombres a vigilar aquello, por si se acerca al edificio. Usted téngame al corriente, por si intenta la denuncia a través de su Cuerpo.

—Descuide, «Papá *Boxer*». Así lo haré.

—Buen chico, Forbes. Percibirá doble paga por esto. Adiós, muchacho.

El policía colgó. Luego, con una sonrisa innoble, empezó a hacer cálculos. Doble paga era mucho. Mucho más de lo que esperaba. Evidentemente, «Papá *Boxer*» estaba contento de sus servicios. También lo estaba la policía. Y nadie sospechaba su doble juego, trabajando a la vez para la Ley y para el Crimen.

* * *

—Es inútil. ¡Todo inútil! Se ha perdido la batalla y hemos de reconocerlo así.

—¡Perder la batalla significa que Zindy morirá! —aulló Dewey, revolviéndose furioso—. ¿Crees que puedo consentir eso?

—Oh, claro que no. Nadie piensa en dejar morir a Zindy. Pero es preciso que te des cuenta de las cosas, Dew. Nadie es capaz de hacer milagros. «Papá *Boxer*» cuenta con todas las ventajas a su favor. ¿Qué esperas lograr, si no existen pruebas, si él tiene dominado a todo el mundo por el terror y nadie conoce su refugio, el escondite secreto donde, posiblemente, tenga encerrada a la muchacha?

Nelson no escuchó los razonamientos sensatos de su amigo y entrenador. Dejando solo a Mallins en el gabinete, salió a la terraza.

Contempló, sombrío y ceñudo, la gran ciudad extendida a sus pies las amplias avenidas, las enormes vías de la superestructura urbana del año 2016, las líneas aéreas, surcando el cielo en mil armónicas direcciones que jamás se encontraban, por la gran sensibilidad de los aparatos orientadores de la época.

Y todo aquel progreso, todo aquel avance técnico científico tan notable, que en cien años trastornó totalmente la faz del mundo como jamás sucediera antes en la Historia de la Humanidad, era inútil para dar con una simple mujer, secuestrada. Se comprobaba

ahora que todo, absolutamente todo lo que el ser humano creía haber avanzado, era inoperante ante la audacia y crueldad de un hombre feroz, vio lento y perverso, dueño de los resortes del hampa mundial; «Papá *Boxer*».

Habían pasado ya dieciséis horas de las veinticuatro de plazo concedidas por el rufián, y ni Zindy aparecía, ni la Policía Espacial o Terrestre parecían capaces de alcanzar el menor éxito en todo ello.

Zindy moriría o él tendría que poner su vida en peligro, firmando una revancha que era como un seguro de vida a nombre de un criminal. Para beneficiarse de la firma y de lo que significaría que el campeón sufriera un «accidente» cualquiera, los amigos de Kelsey lo intentarían todo. Y su pupilo, por muerte, enfermedad o inferioridad de su antagonista, pasaría automáticamente a ser el campeón.

Eso le valdría millones a «Papá *Boxer*». Y los millones, en el mundo, todavía eran justificación de muchos crímenes y crueldades.

No dejaría apurar el plazo dado. Dentro de un par de horas, si todo seguía igual, daría el paso decisivo: aceptar la revancha contra Kelsey. Con todo lo que ello significaría.

Aún quedaba otra solución: dar cuenta a la
A. J. I.
o Alta Justicia Internacional. Pero temía dar ese paso. Podía significar la muerte de Zindy también. Para él, ya ni siquiera una bolsa, un título, la carrera pugilística o su propia vida, tenían importancia; Zindy estaba por encima de todo. La amaba loca, desesperadamente, como quizá no advirtiera hasta este instante en que sabía en peligro su vida.

Renunciaría a todo; era preferible salvarla. Después de todo, ni siquiera era digno del título. Él no lo había sabido ganar. Lo hizo por él aquel extraño personaje, aquel hombre que decía ser procedente de otro mundo.

Parecía una historia de locos. Pero solamente un ser superior a los normales podía aparecer como Dew Nelson ante millones de seres, sin que nadie advirtiera el engaño. Sólo un ser superior podía imitar al doctor Knox sin que Mallins sospechara nada raro, enfrentarse y batir a un coloso como Kelsey sin tener idea del boxeo, y, finalmente, transmutarse casi ante sus propios ojos hasta

ser un tipo vulgar y sencillo, sin parecido con él ni con Knox.

Un ser de otro planeta… La más extraña y asombrosa ayuda que pudo jamás recibir un hombre en apuros. Pero incluso él resultaba ahora perfectamente inútil ante el nuevo trance. Nadie podía hacer nada. Ni de la Tierra, ni de Saturno. Como dijera el propio Tazak Lux, él no era un mago. Solamente un ser vivo e inteligente, capaz de algunas cosas que, para un hombre normal, resultaban prodigiosas.

Si ahora pudiera contar con él… Su mente quiso desplazar esa idea pero no le fue posible. Era el subconsciente quien, una y otra vez, repetía:

«Oh, Tazak Lux, si pudieras ayudarme… Si pudieras ayudarme…»

* * *

Tazak Lux se detuvo a medias en su movimiento. El vaso de licor quedó en el aire, cerca de su boca.

La idea se abrió paso en su mente, penetró hasta lo más hondo de su cerebro supersensible.

«TAZAK LUX, SI PUDIERAS AYUDARME… SI PUDIERAS AYUDARME…»

Era Dewey Nelson. Otra vez el gran campeón necesitaba ayuda. Él lo sabía. Estaba seguro de ello, desde que supo que Zindy había sido secuestrada.

Y no había olvidado el nuevo dilema. Sólo que él no se sentía capaz de resolver problemas de tipo delictivo. Una cosa era ganar un combate a un bruto que sólo tenía músculos. Y otra muy diferente enfrentarse a una organización criminal, descubrir un misterio, ahondar hasta encontrar a la muchacha y poder actuar en un caso así, sin permiso de la policía y de la Justicia terrestres.

Pero las horas pasaban. Rápidas, inexorables. Él lo sabía. Faltaban poco más de siete para cumplirse el plazo dado por «Papá *Boxer*» al flamante campeón. Y ahora, en aquel bar del Gran Broadway, la recepción telepática de su poderosa mente captaba la idea que, a alguna distancia de allí, alguien proyectaba inconscientemente hacia él.

Era otro de sus poderes sobrehumanos. La telepatía era un poder de su mente extraterrestre. Una colosal, formidable telepatía, que

hubiera hecho millonario a un ilusionista circense. Pero Tazak Lux no había ido a otro planeta para hacerse rico, sino para huir a la tiranía feroz del dictador Graaw, del nefasto Poder Central de «Albor»… Bueno, de Saturno, según los terrestres.

Dejó de beber, inquieto. Aquel muchacho, Dewey Nelson, era una excelente persona. Se sentía feliz de haberle ayudado. Pero no del todo. Acaso hubiera sido mejor que hubiese perdido la batalla pugilística. Ahora su prometida estaría a su lado.

Casi se sintió culpable. Si Zindy corría peligro era un poco a causa suya. Por lo menos, debía intentar hacer algo positivo en favor de Nelson y de su linda novia, la muchacha del cabello plateado.

Disponía de muy poco tiempo; justamente siete horas. Avanzó hacia un teléfono que funcionaba magnéticamente, sin ficha, y lo descolgó. Luego recordó que ignoraba el número de Nelson. Forzó su mente. Apenas unos segundos. Un número se materializó en su imaginación: Broadway,
1278-4582.
Sonrió, probando fortuna.

Una voz se puso al receptor:

—¿Dígame?

—Quiero hablar con Dewey Nelson —dijo gravemente.

—¿Eh? Es usted un esbirro de «Papá *Boxer*», ¿verdad?

Reconoció la voz de Mallins. Sonriendo, añadió:

—No, no soy nada de eso, señor Mallins. Diga a su pupilo que le llama la policía. Es urgente.

—¡La policía! ¡Un momento! —Mallins desapareció del otro extremo del teléfono.

Cuando una nueva voz sonó al final del hilo, ya no era la de Mallins. Reconoció a Dew Nelson.

—¿Qué sucede? ¿Hay alguna novedad?

—Escuche, Nelson. No soy la policía.

—¿Eh?

—Está hablando con Tazak Lux. ¿Entiende ahora?

—¡Cielos, sí! ¡Usted! Acabo de pensar precisamente en…

—Lo sé, lo sé. He recibido su pensamiento, Nelson. Y eso me ha decidido a llamarle. ¿De veras quiere encontrar a Zindy?

—¡Oh, Dios, claro que sí! Pero apenas si quedan siete horas.

¡Solamente siete horas, Lux! Al final de ese plazo, tengo que aceptar la revancha si…

—… si no ha rescatado a Zindy —sonrió Lux—. Lo sé. Pero vamos a intentarlo. Por eso le llamo. No firme aún, no ceda al ultimátum. Espere… justamente esas siete horas. Ahora son las cuatro de la tarde. Disponemos hasta las once, ¿no es cierto?

—Hasta las once exactamente. ¡No hay tiempo de nada, Lux!

—Para un terrestre, no. Pero aún no sabemos si para un nativo de Saturno las cosas son iguales. No perdemos nada. Solamente alargar un poco su agonía, Dew. Y quizás también la de su querida Zindy. Pero merece la pena intentarlo. Espere hasta el último momento. Pongamos hasta las once menos cuarto. Deme ese tiempo para decidirse a aceptar la petición de «Papá *Boxer*», ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Lux. Esperaré hasta las once menos cuarto. Tengo el teléfono de «Papá *Boxer*» y también su número de audiovisófono. Le podré llamar en cuanto me resuelva. Con unos minutos de margen final, será suficiente. Pero no me haga concebir falsas esperanzas y luego…

—No le doy la menor esperanza, Nelson. Todo está perdido, ¿no es cierto?

—Sí, creo que sí…

—Bueno yo no soy un detective ni un policía. No sé nada de sus técnicas en ese terreno, desconozco el hampa terrestre. Sólo confío en que Dios, ese mismo Dios en quien ustedes y nosotros creemos, aunque le demos diferente nombre, me ayude en este nuevo trance. Ahora va a ser más difícil y peligroso que enfrentarse a Kelsey en un cuadrilátero. ¡A pesar de sus puños!

—Tenga cuidado, Lux. Pueden matarle, pueden intentarlo todo contra usted.

—Ya lo sé —rió Tazak—. El único secreto estriba en lo que seré capaz de soportar, en cuáles serán, exactamente, mis facultades superiores a las suyas. El experimento merece la pena, ¿no cree? Hasta esta noche, Nelson. En cuanto Zindy esté a salvo recibirá mi llamada.

—¿Y si no puede salvarla?

—Entonces… es posible que no reciba nunca ninguna llamada, porque también yo habré caído. Eso es todo, Nelson.

—Oh, Lux, no sé cómo agradecerle lo que…

—Deje para más tarde eso, si ha lugar. No hay tiempo que perder ahora.

Colgó, con una sonrisa enigmática. Luego, salió de la cabina con paso lento y expresión reflexiva. Tenía que adaptar su mente a la de los humanos, al menos en aquel momento. Imaginar qué paso sería el primero que diese un policía terrestre para dar con Zindy o con sus captores. Primero, era preciso localizar a los responsables. Luego, ver si ellos le llevaban hasta su escondite. Y allí, encontrar a Zindy.

Casi sin darse cuenta, eso había llegado hasta su cerebro. Era la respuesta que buscaba. Necesitaba encontrar a alguno de los raptores. La policía sabía quiénes eran; les habían interrogado inútilmente.

Pero él no era la policía. Él era Tazak Lux, un ser de otro planeta. Y él podía permitirse ciertas licencias que un agente de la autoridad jamás podría realizar. De modo que la cosa cambiaba sustancialmente.

Conocía tan sólo a dos hombres de la organización. Uno, era su propio jefe, «Papá *Boxer*». Demasiado alto y vigilado para llegar fácilmente a él. El otro era un tal «Gafas» Mulligan, un tipo ratonil, de gruesos lentes y sonrisa de conejo.

La idea hizo aflorar la sonrisa en el rostro humanoide de Tazak Lux, el extraño en la Tierra. Luego salió del establecimiento.

Le engulló el tráfico denso de peatones, a lo largo de la Avenida Central de la gran ciudad, bajo las marquesinas gigantescas, los edificios de doscientos pisos, las nave aéreas y las serpentinas enroscadas en torno a las torres de cemento, acero y «vitro-plast», que eran las carreteras del aire.

Como uno más entre los miles y miles de terrestres, Tazak Lux caminó Broadway arriba. Al parecer, no llevaba rumbo fijo.

Sólo que eso no era cierto. El hombre de Saturno tenía un rumbo concreto y claro: iba en busca de un hombre. Un hombre llamado «Gafas» Mulligan.

El primer paso hacia Zindy…

Capítulo VI

Nuevas Aventuras


on un irritado golpe a la máquina electrónica, «Gafas» Mulligan se apartó del juego. De nuevo había fallado en el último intento. Solamente había alcanzado la mitad de las cifras necesarias para el premio. Siempre le ocurría lo mismo.

Se echó a la boca una pastilla de goma y avanzó, mascando ruidosamente, hacia la salida del garito. Buzzy Morrow le miró con aire abstraído, desde la puerta del fumadero de burbujas.

—¿Ya te largas, «Gafas»?

—Sí, Buzzy. Estoy cansado de andar por aquí. Y el patrón puede necesitarme.

—Ya —rió Buzzy, consultando su reloj—. Son las nueve ya, ¿eh, «Gafas»? El plazo se le termina al amigo Nelson, ¿no?

Mulligan torció el gesto. Duramente, se encaró con Buzzy.

—¿Y qué? ¿Qué diablos quieres decir con eso? —Gruñó, irritado.

—Oh, nada, nada, «Gafas» —se asustó Buzzy, retrocediendo—. Disculpa. Era sólo una broma.

—Pues haz otra broma así y tendrás que buscar un suplente para tu puesto. Adiós, imbécil.

Se fue, dejando a Buzzy pálido y demudado ante el peligro que corriera por su inoportuna broma. Allí todos sabían lo del ultimátum, como en el hampa entera de Nueva York. Pero no se podía decir abiertamente.

«Gafas» Mulligan transitó por la calleja estrecha y sin luz. A pesar de vivir en el año 2016, era de luz y progreso, el hampa seguía prefiriendo las sombras y los lugares sórdidos para ocultarse como ratas. La luz les espantaba, igual que a los roedores de las cloacas.

Iba silbando una alegre melodía, «Mi rubia marciana», de gran éxito últimamente. A «Gafas» le gustaba el boxeo y la música abstracta del siglo XXI. Era un tipo de aficiones dispares. También amaba las armas y las flores. En resumen, un tipo raro. Una vez, después de volarle los sesos a uno con una bala explosiva, había evitado pisar a un pobre gatito enfermo que encontró en la calle, y se lo había llevado a su casa para curarle. Muchos se lo decían:

—«Gafas», eres un tipo raro.

Y eso casi le divertía. Ahora iba pensando en todo eso alegremente. «Papá *Boxer*» le había prometido dejarle a solas con Zindy si a las once y media no había llegado el asentimiento de Nelson. Él se cuidaría de eliminarla. Pero Zindy era hermosa. Muy hermosa. Antes de matarla, sentiría el placer de tenerla en su poder, enteramente a su merced. Una satisfacción difícil de superar.

Por eso silbaba. Por eso se sentía feliz. Los tipos como Dew Nelson, ricos y populares, con una chica bonita y la admiración de todo el mundo a su lado, le producían náuseas. Humillarles a ellos y a las que los amaban era un placer para los tipos raros como «Gafas» Mulligan.

—Hola, Mulligan.

Le habían saludado a él. Lo había dicho alguien que estaba parado cerca de él, en el callejón. Pero la voz no le resultaba familiar. Escudriñó la oscuridad, en busca del hombre. Le vio allí,

parado en la acera. Erguido, quieto, sin armas en las manos. Eso le tranquilizó un poco. Con la mano sepultada en su bolsillo, empuñó la culata de su pistola de bolas explosivas, y respondió:

—Hola. ¿Quién eres?

—Un amigo. ¿No me conoces?

—No. Ni tampoco tu voz. A ver, que te vea la cara. Ponte a la luz de ese letrero luminoso.

El otro hizo lo que se le decía. Acercóse al lugar señalado y la luminosidad rojiza inundó su cara, con aquellas gafas oscuras, aquel pelo negro-azulado, el rostro sereno, de duras facciones y expresión inescrutable. Le seguía pareciendo desconocido.

—Compadre, si eres nuevo por aquí, no gastes la broma de llamarme amigo. Podría enfadarme.

—¿De veras? —Tazak Lux sonrió—. ¿Y qué ocurriría entonces?

—Los archivos de la policía están llenos de muertos que nunca se supo quién los mató. Casi todos ellos me molestaron.

—Si fuese policía, eso que dices podría costarte caro.

—Si fueses policía, no vivirías para contarlo —refunfuñó «Gafas», extrayendo su pistola y encañonando con rapidez al adversario—. A ver, amigo, ven aquí. Voy a comprobar si realmente eres un policía o no. Y pide al cielo que no me entren sospechas de eso, porque te haré pedazos con una simple presión del gatillo, ¿entiendes?

—Se te entiende muy bien, hermano —rió a su vez Tazak Lux, avanzando lentamente con las manos bien visibles—. Pero te aseguro que no soy un policía. Si eso te basta…

«Gafas» Mulligan era un tipo raro hasta en eso. A veces le daban corazonadas, ideas extrañas. Esta vez fue el presentimiento de que estaba ante un enemigo peligroso, ante un tipo que caería sobre él como un tigre al menor descuido.

Pensar eso y mover el gatillo, todo fue uno. Pero al hacerlo, sus ojos habían brillado, malévolos. Tazak leía en los ojos mucho mejor que en la mente. Saltó de costado, con una agilidad simiesca, que ningún terrestre poseía.

La bala explosiva abrió un boquete en el acero y ladrillo del muro, sin tocarle. Luego Mulligan vio venir hacia él, con una velocidad increíble al hombre de las gafas negras.

Sólo que Mulligan era también un tipo muy diestro con las

armas. Logró rectificar la trayectoria de su pistola de cargas explosivas, apuntando a Tazak directamente. Y disparó.

Justamente cuando Tazak Lux caía sobre él, la bala explosiva alcanzó al hombre de Saturno en pleno rostro. El estallido del proyectil, con su llamarada violenta y la densidad del humo, ocultó la cabeza del enemigo de Mulligan.

* * *

Cuando se disipó el humo, un grito ronco, incrédulo, brotó de los labios de Mulligan. Y esta vez ya no tenía tiempo de repetir su disparo.

Unas férreas manos que parecían de acero, se cerraron en torno a sus muñecas. Sintió crujir el hueso bajo la terrible presión. Chilló como una rata, y el arma cayó de sus dedos.

El mismo rostro de antes, con las gafas oscuras y el cabello negro-azulado, se inclinaba sobre él. Iluminado crudamente por la roja luz del fluorescente, con la misma expresión dura y amenazadora, su rostro, donde estallara de lleno la bala destructora, seguía normal, sin haber sufrido el menor daño.

Era imposible. El disparo no había fallado. El proyectil tampoco. Una descarga explosiva de aquéllas destruía el metal y el ladrillo, el cemento y la roca… ¡y, por primera vez, no hacía efecto en una piel humana!

—No… —jadeó—. No puede… ser…

Luego, una de las manos de aquel extraño personaje surgido de las sombras y que parecía capaz de afrontar toda clase de proyectiles destructores, se alzó, pegando suavemente en su faz.

Sí, Mulligan estaba seguro de que el golpe era suave. Y, sin embargo, perdió en el acto el conocimiento, su rostro se bañó en sangre y crujieron los huesos bajo el «suave» impacto.

Tazak Lux rió, cargándose al hombro, como si fuese una pluma, a su presa humana. Con la otra mano tomó del suelo el arma explosiva y la apretó con sus dedos de humana apariencia. El metal se estrujó, reventóse, dispersando proyectiles por tierra. Cuando Tazak Lux soltó el arma, ésta era un amasijo informe de metal retorcido y roto.

La figura del ser de Saturno se alejó en la noche, con «Gafas»

Mulligan sobre el hombro.

La nueva aventura había empezado. Y en ella el visitante de la Tierra había descubierto algo increíble: su piel, por mucha que fuese la apariencia terrena que cobrase, era inmune a los proyectiles. Totalmente impenetrable, como si su epidermis estuviera blindada.

Su fuerza formidable, su poder mental y su invencible naturaleza contra las armas terrestres, le hacían virtualmente inatacable. Un buen descubrimiento para empezar la lucha sin cuartel contra el hampa que regía «Papá *Boxer*».

* * *

«Gafas» Mulligan, reducido a una piltrafa, cayó por tierra tras el segundo intento de su captor. Éste ni siquiera necesitaba esforzarse. Leves golpes bastaban para derribarle, sangrando por boca y narices.

Pero así no lograría nada. Mulligan era un tipo raro hasta en eso. Su ratonil cobardía se transformaba en valor heroico cuando se trataba de traicionar a un hombre como «Papá *Boxer*». Sabía que la traición, en el hampa, sólo tenía un precio: la muerte del traidor.

Por eso resistía. Como resistiría todo, hasta morir. Y nada más lejos de la imaginación de Tazak Lux que matar. Él no debía matar. No era justo venir a un mundo ajeno y matar, aunque fuera a un criminal sin conciencia.

Meditó brevemente, mientras Mulligan se rehacía penosamente, arrastrándose por el suelo de aquel descampado adonde le llevara, lejos de la ciudad. El tiempo pasaba rápidamente. Eran las nueve y media. Demasiado tarde para perder estúpidamente las ocasiones. Y ésta era la única a su alcance para ayudar de nuevo a Dewey Nelson.

—No diré nada… —jadeó Mulligan—. Puede matarme… pero no diré nada… No hay hombre… capaz de hacerme hablar…

Tazak le miró curiosamente. Sí, Mulligan decía verdad. No había hombre capaz de hacerle hablar. Pero, después de todo, él no era un hombre.

La idea le hizo reír. Mulligan, limpiándose la sangre del rostro, le miró con cínico desafío, como si realmente fuera dueño de la

situación, a pesar de su desventaja. Y lo hubiera sido, a no dudar… con otro adversario más vulgar enfrente. Sólo que Tazak Lux era precisamente todo lo opuesto a un adversario vulgar.

—Muy bien, amigo —dijo con ironía Tazak—. No vas a hablar, ¿eh? No me dirás dónde tienes a Zindy, la novia de Nelson, ni dónde está vuestro refugio, o dónde puedo encontrar a «Papá *Boxer*», ¿no es eso? Me parece un rasgo de gran nobleza por tu parte. Lástima que, saliendo de un ser criminal, depravado y cruel como tú, pierda todo su valor. Especialmente, porque posees esa lealtad al servicio del crimen y del mal.

—¡Vaya! —rezongó Mulligan, despectivo—. ¿Va a soltarme ahora un sermón? ¿También es usted un religioso, amigo?

—No. Soy algo muy distinto… por desgracia para ti, Mulligan. En realidad, soy un monstruo. Un terrible monstruo que dentro de unos minutos te aniquilará si no hablas.

«Gafas» soltó una carcajada burlona.

—¿De veras? Eso es muy distinto, amigo —comentó, burlón.

—¿No me crees? Muy bien; vas a verlo. Fíjate bien porque ahora voy a ser el monstruo que realmente oculta mi aspecto. ¡Mírame, Mulligan!

Mulligan miró, regocijado. Pero sus ojos empezaron a desorbitarse. Una lividez de muerte cubrió su rostro cuando empezó a ver que el cuerpo de Tazak Lux se derretía como si fuese cera, se disolvía, adoptando una forma distinta a la humana que hasta entonces tuviera.

¡Estaba transformándose, mutando su aspecto físico ante el propio Mulligan, y ahora emergía la forma atroz, horrenda, de un gigantesco pulpo negro, viscoso y horrible, que movía sus tentáculos hacía Mulligan!

—¡Noooo! —aulló, horrorizado, trémulo, retrocediendo y cayendo por dos veces, lleno de vivísimo pánico—. ¡Oh, no, no!… ¡Eso no!…

De súbito, una carcajada horrible, estremecedora y hueca, retumbó en el silencio de la noche. Y el pulpo se disolvió, empezó a derretirse como una figura de goma puesta sobre una plancha ardiente… ¡para transformarse en un espeluznante reptil de sebosa piel, boca dentada y horribles ojos de brillo rojizo, que empezó a reptar hacia el enloquecido «Gafas» Mulligan!

—¡Cielos, no! ¡No es posible! —aullaba «Gafas», retorciéndose en tierra, presa de un terror epiléptico—. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás… maldición de los infiernos! ¡Atrás, monstruo!

Pero ya el horrible ser mutable estaba sobre él, iba a cerrar sus cálidas y viscosas fauces sobre Mulligan. Y lo que ninguna violencia era capaz de lograr la traición del hampón, lo consiguió aquel miedo superior a todo lo imaginable, que surgía de la visión de algo infrahumano y alucinante como aquella serie de transformaciones inauditas, realizadas ante sus propios ojos.

—¡Por Dios, noooo! —chillaba, frenético, el infortunado Mulligan—. ¡Hablaré! ¡Diré dónde está Zindy, lo diré!… ¡Lo diré, pero, por favor, piedad!… ¡Piedad!…

Sucedió algo fulminante. La serpiente se derritió ante los ojos desorbitados, enloquecidos, de «Gafas» Mulligan. Tazak Lux adquirió su forma habitual. Mulligan nunca supo que por un momento había visto a dos de las especies de monstruos que abundaban en Saturno. Dos formas de vida desconocidas en la Tierra, aunque en su apariencia general pareciesen un pulpo y una serpiente.

—Muy bien —dijo fríamente Tazak, inclinándose sobre el sollozante, aterrorizado Mulligan—. Escucho, amigo. ¿Dónde está Zindy y cómo se puede llegar a ella? Tienes un minuto para contestar. La próxima vez que me cambie de forma, será para devorarte.

Pero Mulligan no iba a correr de nuevo el riesgo de afrontar un horror como aquél. Necesitó mucho menos de un minuto para decir cuanto sabía.

Capítulo VII

EN LA MADRIGUERA



apá *Boxer*» se puso en pie con un suspiro. Su mirada voló al reloj de la sala. Eran las nueve y cuarenta minutos. Dentro de poco concluiría el plazo para que Dewey Nelson se resolviera.

Por un momento, el hombre de cabello blanco y ojos grises temió que el campeón se negara a ceder y prefiriese la muerte de Zindy a su futuro fracaso. Pero no. El prohombre del hampa neoyorquina se dijo que no era posible tal cosa en un hombre noble y honrado como Dew. Él se portaría caballerosamente, salvaría a Zindy, a pesar de su suerte final, que solamente podía ser una, si firmaba el contrato de revancha con Kelsey, «Papá *Boxer*» sonrió duramente, en su santuario secreto de los bajos fondos de la superciudad. Nunca sería tan tonto como para dejar que un torpe bruto como Kelsey se enfrentara en un cuadrilátero con un tipo

astuto como Nelson, O cuando eso ocurriera, algo más que una simple droga actuaría por medio, para evitar nuevos riesgos.

Pero, ante todo, era preciso que Dewey firmara la revancha. No estaba federativamente obligado a ello. La coacción, si no resultaba, le costaría la vida a Zindy. Pero eso no satisfaría en absoluto a «Papá *Boxer*», cuyo negocio pugilístico se iría por la borda en cuanto Kelsey, su pupilo, fuera arrinconado por los aficionados y promotores.

También se estaba retardando «Gafas» Mulligan. Y Mulligan tenía que cuidar de Zindy en su ausencia, mientras él, en el teléfono oficial de su garito de apuestas, esperaría la llamada de Dewey Nelson… si ésta se producía.

Por fin, irritado, extendió la mano y llamó por el fonovisor al local de Buzzy Morrow, donde sabía que Mulligan consumía la mayor parte de la tarde jugando en sus máquinas electrónicas.

—Oye, Buzzy —interrogó—. Estoy esperando a Mulligan. ¿Anda por ahí?

—No, no, «Papá *Boxer*». Se marchó a las nueve. Ya debería estar ahí.

—Pero no está. ¿No iba borracho al salir de tu casa?

—No, descuida; iba normal. Se habrá retrasado con alguna chica.

—Sí, es posible —colgó, furioso, sin dar siquiera las gracias.

Siguió dando paseos por la estancia. De repente, clavó los ojos en el indicador del muro. Estaba parpadeando la luz roja que indicaba que alguien había entrado en la casa. Luego fue la luz verde la que centelleó. Quienquiera que fuese, había pasado el primer puesto de guardia. Cuando fue la amarilla la que parpadeó, supo que el segundo puesto quedaba atrás satisfactoriamente. Debía de ser, por fin, «Gafas» Mulligan.

Se encaminó a la puerta. Pero prevenido, como siempre hacía. Abrió el resorte magnético, empuñando una pistola desintegrante. Vio al hombre parado ante la puerta, en el corredor de muros de metal plástico.

—Hola, Mulligan —saludó fríamente—. Entra.

«Gafas» Mulligan pasó junto a él, con un gruñido áspero. Cerró «Papá *Boxer*» y miró con ira a su subordinado.

—Te has retrasado mucho, «Gafas» —dijo glacialmente—.

¿Dónde diablos estabas?

—Un tipo me interceptó el paso —dijo Mulligan, con aire indiferente.

—¿Eh? ¿Qué tipo?

—No sé. Nunca lo vi antes de ahora. Quería asustarme, por lo visto. Lo liquidé de un disparo explosivo. La cabeza le voló en pedazos. Posiblemente era un tipo pagado por Dew Nelson.

—¿No sería policía?

—No, no. De eso estoy seguro —rió Mulligan—. Ni siquiera iba armado.

—Bueno, hiciste bien en liquidarle, siempre que no nos compliquen en algún lío. Vete junto a Zindy y vigílala. Ned y Hogan te acompañarán. En cuanto den las once y media, dispón de ella a tu antojo. ¿Entendido?

—Sí, patrón. No es difícil de entender. Cuidaré bien de ella —y le guiñó un ojo malignamente.

—Yo voy a esperar la llamada de Nelson. No puede tardar en hacerla, si es que no la ha hecho ya, aunque los muchachos tienen orden de comunicármelo en cuanto eso ocurra.

—Vaya tranquilo, jefe. Zindy queda en buenas manos. ¿Sigue en el mismo sitio?

—Claro. ¿Dónde iba a estar, si no?

—Sí, es natural. —Mulligan rió—. ¿Dónde, si no?

«Papá *Boxer*» salió de la cámara, seguido por Mulligan. Avanzaron por un corredor, hasta la puerta de un ascensor en el que penetraron, descendiendo rápidamente.

Se detuvieron en la planta tres. Un hombre armado abrió la puerta y les miró por encima de una ametralladora corrosiva, que bajó al reconocerles.

—Hola, Hogan. ¿Novedades? —interrogó «Papá *Boxer*».

—Ninguna, jefe. La chica sigue dentro. Ned guarda la puerta. Ya pueden pasar.

«Papá» y Mulligan avanzaron, hasta el final de un nuevo pasillo. Una puerta de complicada cerradura electrónica les llevó hasta la cámara cuadrangular, de muros de acero, donde se hallaba presa Zindy.

La hermosa muchacha de melena plateada les miró con aire abatido. Sus bellas piernas, sujetas con las cintas magnéticas al

asiento, se encogieron instintivamente al ver a sus visitantes. Una luz ansiosa brilló en sus hermosos ojos.

—Dios mío… —musitó—. ¿Es que Dew ha… ha aceptado?

—Aún no —rió Mulligan—. De modo que, si esto sigue así, lo voy a sentir por ti, pequeña. Pero yo me cuidaré de que tu querido Dew se arrepienta toda su vida de lo que no se resuelve a hacer hoy.

—Eso no importa —declaró altivamente ella—. Lo realmente importante es que Dew no ceda. Es el campeón. No tenéis derecho a robarle el título ni a poner en peligro su vida. Conmigo haced lo que queráis.

—Perra maldita —rezongó «Papá *Boxer*» rabiosamente—. Si Nelson no acepta, Mulligan, quiero que la destroces, que acabes con ella, sea como sea, ¿entendido? Pero que ni siquiera su amado Nelson pueda reconocer el cadáver cuando lo vea.

—Descuide, patrón. Así lo haré —la risa sádica de Mulligan hizo estremecer a la muchacha.

En ese momento, «Papá *Boxer*» saltó al otro lado de la puerta de la cámara cuadrangular y arrancó un objeto cilíndrico, parecido a un tornillo, de un interruptor situado junto a la cerradura electrónica de la puerta. Luego rió, mirando a sus tres hombres y a la muchacha.

—Hago esto por vuestra seguridad —avisó—. La policía podría descubrir este escondite. O algún detective enviado por Nelson… o el propio Nelson. Así, no habrá ser humano capaz de cruzar esta puerta. ¿Y sabéis por qué, Mulligan?

—No, patrón. No logro entender… —comenzó «Gafas», intrigado.

—Es sencillo. Mirad —extrajo algo del bolsillo, unas monedas, que tiró hacia ellos.

Ocurrió algo singular. Las monedas golpearon en el aire, o en lo que parecía aire. Con un chirrido metálico, cayeron a tierra sin llegar a cruzar el umbral, totalmente derretidas. Un chispazo azul centelleó en el aire. Era como si un muro invisible se interpusiera entre «Papá *Boxer*» y sus hombres.

—¿Lo entendéis? —rió—. Es una barrera electromagnética, de alta fusión, en la que todo, absolutamente todo, se derrite al contacto de su enorme temperatura, sin posibilidad de salvar el obstáculo. Hasta que yo vuelva con este mismo tornillo válvula,

nadie podrá entrar o salir de la cámara. Es simple prevención, muchachos.

Riendo, se alejó. En el muro, un reloj dejó oír su tic tac, en el silencio que siguió. La puerta quedaba abierta, pero nada ni nadie podía cruzarla sin deshacerse, vencido por el enorme calor.

«Gafas» Mulligan miraba pensativamente aquella puerta. Había sido un error no actuar antes, se dijo con irritación. Ahora nadie podría sacar a Zindy de allí. Ni nadie, salvo el propio «Papá *Boxer*», les sacaría del encierro mortífero.

Porque «Gafas» Mulligan, el supuesto Mulligan a quien recibiera tan confiado «Papá *Boxer*», era en realidad Tazak Lux, el ser de Saturno.

Pero Tazak Lux era oriundo de un mundo frío, y estaba habituado a temperaturas muy bajas… Aquel muro candente, aquella barrera a la temperatura de la fusión de metales no podía cruzarla ni siquiera él…

—Eso está bien —decía Hogan en aquel momento—. Pero no me gusta sentirme encerrado y saber que me haré pavesas si pretendo salir de aquí.

—Es una prisión sin puerta —rezongó a su vez Ned, el otro hombre—. Detesto las prisiones. Pero, sin embargo, es necesario tomar precauciones.

—Estoy de acuerdo. Es preciso tomar precauciones —dijo roncamente Mulligan.

Miró a Zindy. Era muy bella y muy joven. Dewey Nelson tenía buen gusto. Tazak Lux recordó a alguien. A una mujer… de Saturno. A la bella Aurea, la muchacha que quedó allá, en su mundo ahora lejano e inaccesible. No había querido envolverla en su proyecto de abandonar el planeta. Él arriesgó su vida, pero no la de Aurea. Ahora, lejos de ella, separado por millones de millas, y cuando el amor de otro hombre guiaba sus actos… recordaba su propio amor por Aurea.

En esos sentimientos no se diferenciaban mucho los hombres de la Tierra de los que habitaban Saturno. El Bien y el Mal eran iguales entre un planeta y otro. Como en toda la gran obra del Creador, los seres y sus sentimientos tenían extrañas, asombrosas semejanzas.

Se aproximó un poco a la puerta. Sintió que el calor le alcanzaba en oleadas y el sudor perló su rostro. Ned le avisó:

—¡Eh, «Gafas»! ¿Estás loco? Te derretirás si das dos pasos más. Eso desarrolla un calor de diez mil grados al menos, diablos.

—Y hay otra masa congeladora invisible, que aísla, a uno y otro lado de la barrera candente, la masa de ésta del resto del aire. Por eso no ardemos —comentó Mulligan, pensativo.

—¡Vaya, «Gafas»! —saltó Hogan—. Nunca creí que fueras un experto en esas cosas.

Mulligan se encogió de hombros, sin responder. Estaba junto a Zindy. Contemplaba con fijeza sus bandas metálicas, ligaduras formidables, que costaría mucho destruir.

Pero lo peor de todo seguía siendo la barrera candente, ingeniosa forma de aislarles de todo peligro exterior. También, por desgracia, medio eficaz de encerrarles allí, sin escapatoria posible.

Su mirada fue al reloj eléctrico del muro y observó su marcha inexorable. Eran las diez en punto. Las diez…

Una hora después, Nelson aceptaría firmar aquella revancha forzosa. Para evitarlo era preciso que él viese a Zindy en libertad o supiera que estaba ya liberada.

Disponía de sesenta minutos. Sesenta minutos frente a un muro invisible, pero inaccesible, erguido entre él y la libertad.

* * *

«Papá *Boxer*» se enfrentó al capitán Forbes, de la Policía Espacial.

Ambos estaban solos, en el despacho oficial del prohombre del hampa, en su garito de apuestas de boxeo. No había testigos de su entrevista.

—No debió venir, Forbes. En modo alguno —dijo fríamente.

—Escuche, señor —replicó el policía—. Me arriesgo mucho más que usted al entrar aquí. Si alguien me sorprende, habré de decir que estoy investigando acerca de usted, con respecto al secuestro de esa chica, ¿comprende?

—Claro. Lo que no entiendo es la razón de su presencia en mi oficina. Estoy esperando la llamada de Nelson. ¿Por qué no se va, antes de estropearlo todo?

—Porque tiene que oírme. ¿O cree que estoy aquí por gusto? —Se enfureció el indigno policía, a sueldo del hampa—. Nelson no

llamará. Ni esta noche ni nunca. Y usted posiblemente pierda a su rehén, sin darse siquiera cuenta de ello.

—¿De veras? —El tono burlón de «Papá *Boxer*» llegó a rozar el sarcasmo—. Me asombra usted, Forbes. ¿Es que Nelson dispone de la varita mágica del Hada Azul?

—Algo mucho peor. Nelson dispone de un ser llegado de otro planeta para ayudarle.

La carcajada que siguió al estupefacto silencio de *Boxer* fue aguda, sardónica. Y siguió riendo, mientras miraba con asombro y admiración a su molesto visitante, diciendo, entre carcajadas:

—Pero… pero mi querido Forbes… ¿es que le han tomado el pelo, o me lo está tomando usted a mi? ¡Un ser de otro planeta! ¡Es lo más absurdo que oí jamás!

—Sin embargo, es la verdad —gruñó Forbes, furioso—. No he revelado oficialmente la noticia todavía, porque antes quería cambiar impresiones con usted. El propio Nelson me lo na revelado. Su amigo Tazak Lux está metido en el asunto. Es un ser excepcional, un superdotado en relación a lo que nosotros entendemos por facultades normales. Al parecer, llegó de Saturno.

—¿Con anillo y todo? —rió, hasta saltársele las lágrimas el amo de las apuestas de boxeo en Nueva York y en las más importantes ciudades del mundo—. ¡Oh, Forbes, eso es divertidísimo, pero resulta grotesco y necio al oírlo exponer seriamente! Debe hacerse mirar por un psiquiatra, si ha sido capaz de creer ese cuento chino.

—Ríase, señor. Pero entonces explíqueme por qué Dew Nelson, inconsciente en su camerino, salió al «*ring*», peleó y venció… Por qué un solo directo destrozó la cara de Kelsey, por qué el doctor Knox niega haber dado droga alguna a Nelson. ¡Y por qué el propio Nelson asegura que le encerraron en un armario, inconsciente, en tanto un exacto «doble» suyo, que luego se transformó en otro hombre distinto, ante sus propios ojos, salió a pelear por él!

«Papá *Boxer*» frunció el ceño, sorprendido. Algo de todo aquello le había parecido inexplicable. Y he aquí que alguien lo explicaba… para enredarlo todavía más.

—¿Por qué le ha contado Nelson esas fantasías, Forbes? —interrogó vacilante.

—Porque rechaza cualquier ayuda policial. Dice que ya está su amigo, el de Saturno, investigando. Y que antes de las once habrá

rescatado a Zindy.

Las miradas de ambos fueron al reloj. Eran las diez y veinticinco minutos. «Papá *Boxer*» rió de nuevo.

—Difícil lo veo. En este mismo momento, Mulligan, Ned y Hogan están con ella en la…

De súbito, *Boxer* pegó un respingo, al abrirse con violencia la puerta de su oficina. Llevó la mano a su arma, pero la apartó en el acto, gritando al reconocer al hombre que, cubriéndose a medias el en sangrentado rostro con una toalla, entraba impetuosamente en la estancia:

—¡Mulligan!

Era «Gafas» Mulligan, el verdadero Mulligan. Su voz fue un grito ronco:

—¡Jefe, jefe! ¡Pronto, tiene que saberlo!…

—¡Mulligan! —rugió «Papá *Boxer*», lanzándose sobre «Gafas», al que alzó con violencia, aferrándole por sus ropas—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es de Zindy? ¿Cómo has sido capaz de salir de la cámara, con la barrera candente?

Mulligan miró penosamente a su jefe y gimió:

—Yo… yo no soy el que está con Zindy en la cámara, jefe… Será él. Ese ser… ese horrible ser…

—¿Eh? —aulló el jefe de la organización, palideciendo—. ¿Qué dices? ¿De qué ser horrible estás hablando?

—Ése… ése que no muere al recibir una bala explosiva en la cara. El que se transforma delante de uno en pulpo, en reptil, en lo que quiere… ¡No parece de este mundo, patrón! ¡Tuve que hablar… tuve que hablar…!

Los ojos dilatados de «Papá *Boxer*» se volvieron hacia el capitán Forbes. El policía, también demudado, observó roncamente:

—Se lo dije. ¡Se lo dije, señor! Ese hombre no es de este planeta.

—¡Y ahora se ha transformado en un doble de Mulligan! —rugió «Papá *Boxer*»—. ¡Por eso se retrasó tanto! ¡Maldito seas, Mulligan! ¿Por qué hablaste?, ¿por qué?…

—Perdón, jefe… ¡Perdón! —sollozó ratonilmente «Gafas», revolcándose a los pies de su jefe—. No quería, pero me obligó. Es un demonio… ¡un monstruo capaz de todo!

—Debiste callar, Mulligan. Los que hablan no sirven ya para nada. Y los cobardes, menos aún —le miró fríamente. Había

extraído su arma, y antes de que Forbes pudiera intervenir, «Papá *Boxer*» disparaba fríamente sobre «Gafas» Mulligan.

Un chillido horrible brotó de la garganta del infeliz, cuando una carga corrosiva estalló en su cuerpo. El ácido condensado devoró sus tejidos brutal, ferozmente. Mulligan revolvióse en tierra, hasta quedar inmóvil, sin vida.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó el capitán Forbes, muy pálido.

—Era un traidor —replicó fríamente el jefe—. El traidor debe morir. El que confiesa una vez, acaba por confesar siempre, y ya no es útil. Es mi ley…

—Ha visto que era cierto lo que le expliqué. Hay un ser extraterrestre envuelto en todo esto. ¿Qué piensa hacer?

—Ese ser extraterrestre, o lo que sea, está ahora encerrado con Zindy, bajo su envoltura física de «Gafas» Mulligan —reflexionó rápidamente «Papá *Boxer*»—. No creo que, por muy superior que sea, logre atravesar una barrera a miles de grados de calor. Sobre todo si procede de Saturno, donde el clima es muy frío por la gran distancia que le separa del Sol. Pero, de todos modos, Forbes, usted va a entrar ahora en acción.

—¿Yo? —Se inquietó Forbes—. Sabe que no puedo…

—Usted lo hará, capitán —dijo con voz helada su interlocutor, apuntándole con su pistola corrosiva—. Lo hará, o pagará las consecuencias aquí dentro. No quiero cobardes ni traidores. Y si no sigue mis instrucciones, le denunciaré como traidor al Cuerpo de Policía del Espacio.

—¡Cielos, no! —balbuceó Forbes, asustado—. ¡No haga eso, señor! Obedeceré…

—Eso está mejor. Vaya ahora mismo a la guarida donde tengo encerrada a Zindy. Si ese ser de otro planeta ha logrado libertarla, fínjase amigo suyo, muéstrele su placa. Y vaya de uniforme, desde luego. Luego, procure eliminar a los dos.

—¿Cómo?

—Llevándoles a su propio turbocohete, que dejará aparcado a la entrada del edificio. De lo demás me cuido yo… ¡Vamos, deprisa, capitán Forbes! —dijo, mirando al reloj, que señalaba ya las diez y treinta y tres minutos—. Nuestro querido Dew Nelson dispone apenas de treinta minutos. ¡Demasiado pocos para conseguir algo… ni siquiera apelando a un ser de otro planeta!

Forbes, sin perder un solo instante, se lanzó fuera del despacho. «Papá *Boxer*», contemplando el cadáver de Mulligan, rió despectivo, le golpeó con un pie, asqueado, y luego se encaminó a su audiotelevisor, para hacer varias llamadas de emergencia.

CAPÍTULO VIII

¡RESCATE!



espiró hondo Tazak Lux.

Eran las diez y treinta minutos. Solamente disponía de media hora. Y aún no había dado con el medio de salir de allí, a través de la infernal barrera magnética, capaz de achicharrarle en un segundo de exposición.

No existía medio material de lograrlo. Con amargura, pensó en lo eficaz que hubiera resultado ser un nativo de Mercurio o del Sol, en estas circunstancias. Entonces, su piel, refractaria al calor por intenso que fuese, hubiera soportado la prueba.

También hubiera resultado magnífico disponer del traslator de materia, su invento portentoso, allá en Saturno. Aquel proyector de moléculas y átomos a distancias grandes o pequeñas hubiera resultado eficaz ahora, permitiéndole pasar, sin ser presa del calor, hasta el pasillo exterior. Incluso se hubiera podido llevar consigo a

Zindy.

Pero eso era soñar utopías. Nadie, absolutamente nadie, podía ayudarle ahora. Hasta incluso le parecía que sus fuerzas físicas iban reduciéndose, y que su clarividencia de antes se diluía poco a poco.

¿Sería posible que sus facultades sobrehumanas se fueran perdiendo, en su contacto con otra vida, hasta adaptarse al medio ambiente en que eligiera vivir?

Eso no le preocuparía en absoluto. Creía que era posible ser feliz convertido en un ser vulgar, como todos los demás, sin singularidades de fenómeno de feria. Pero lo peor era no tener capacidad, no tener poder para luchar contra lo inevitable, para cumplir su promesa a Dew Nelson, que ahora esperaría, angustiado, el final de aquella loca aventura contra la más peligrosa organización del mundo de la podredumbre deportiva internacional.

Desalentado, meneó la cabeza. Eran las diez y treinta y dos minutos. Seguía sin ver una solución.

Casi estaba a punto de darse por vencido.

* * *

—¿Crees que debo hacer eso por ti, Aurea?

—Sí, Rahmaz, por favor. La vida sin Tazak para mi es algo hueco, sin sentido.

—Si Graaw se enterase de que hago esto…

—Sé lo que ocurriría. ¿Por qué no vienes tú también a ese lejano planeta al que Tazak se fue?

—No, Aurea. Yo soy viejo y no tengo las ambiciones de Tazak. Me quedo aquí para luchar contra el tirano, como tantos otros. Pero si tú eliges su propia vida, hazlo así, Aurea. Esto puede durar una eternidad y Tazak puede hacerte feliz allá, en ese planeta que él llama Tierra.

—Gracias, Rahmaz. Aurea lo recordará mientras viva… sea donde sea. ¿Cómo pudiste obtener la pieza que Tazak quitó a su invento para inutilizarlo?

—¿Olvidas que yo también soy un científico? —sonrió Rahmaz —. Estudié el ingenio y di con la pieza. Aquí ha transcurrido ya mucho tiempo desde que Tazak se fue. Pero el tiempo es diferente

en nuestros diferentes mundos. Lo he comprobado en el mecanismo de Tazak. Ven conmigo. Te mostraré, antes de que lo visites, las cosas de ese mundo al que deseas ir en pos de tu amado.

—¡Oh, Rahmaz, es un mundo extraño y fantástico! Mira Tazak… Es ése, lo dice el indicador, ¿verdad?

—Sí, Aurea. Tiene un aspecto extraño. En ese mundo hay seres hermosos. ¿Por qué adoptó esa forma precisamente?

—Espera. Leo sus pensamientos desde aquí —dijo lentamente Aurea, mirando en la pantalla la figura lejana de Tazak Lux. Estaba en una extraña cámara cuadrangular, junto a una mujer. Una mujer hermosa. Casi sintió celos, pero al leer en la mente lejana de Tazak, gracias al poder mental y telepático de los naturales de Saturno, se disiparon sus recelos. Sonrió al continuar—: Leo lo que está pensando… Lleva ese aspecto para fingir. Aparenta ser otro hombre para salvar a esa mujer de cabello plateado. Pero lo hace por otro hombre, que ama a esa joven. Ahora no pueden salir de ahí. Hay una barrera candente que le separa de la libertad. Leo… leo en su mente que dispone de muy poco tiempo. Muy poco. Sólo media vuelta de la aguja mayor de aquella esfera numerada… ¡Rahmaz, hazme ir allá! ¡Tengo que acudir en ayuda de Tazak!…

—¿Cómo salvarle, si vas allá? Tú puedes trasladarte, pero él no, que está encerrado en la cámara… —observó Rahmaz—. No puede atravesar esa barrera de calor.

—¡Lo cruzará con el traslator de materia! —exclamó Aurea—. ¡Tú me has dicho, Rahmaz, que existe un traslator más reducido, que puede llevarse para viajar por el espacio, sin necesidad del instrumental de aquí!

—Es cierto —asintió Rahmaz. Tomó un objeto cónico, de extraño color púrpura—. Éste es, Aurea. Basta empuñarlo, proyectar la parte más ancha hacia uno mismo y se traslada el cuerpo al lugar fijado previamente.

—¡Con ese traslator pasará Tazak la barrera! ¡Y con él, yo misma… y esa chica! ¡Vamos, Rahmaz, amigo! Hazlo por mí… Y luego, acude tú también a la Tierra si lo deseas, o destruye los aparatos creados por Tazak. Será lo mejor, para que Graaw y el Poder Central jamás lo descubran.

—Sí, Aurea. Es lo que pensaba hacer. Destruirlo todo, una vez estés tú en camino por la inmensidad del espacio.

—Entonces ¿la despedida es un adiós definitivo? —suspiró Aurea.

—Eso es. Nunca me veréis. Ni a mí, ni a vuestro mundo, «Albor», que queda a una distancia fabulosa de ese otro planeta al que vas. Ni Tazak ni tú volveréis aquí porque el traslator portátil es sólo para cortas distancias. De modo que… mis saludos de amigo a Tazak y mi adiós para ti, Aurea. Que seáis muy felices.

—Gracias, Rahmaz, amigo.

* * *

—¡Aurea!

La reconoció en el acto. Ned y Hogan pegaron un respingo, lanzando un grito de estupor y de miedo, al surgir, como un fantasma, materializada en la nada, la figura espléndida, prodigiosa, de una mujer extrañamente vestida, de larga melena dorada, enormes ojos violáceos y cuerpo escultural, bronceado como el de una estatua.

Aurea, como Tazak, tenía forma distinta en Saturno, adaptada a su propio sistema de vida. Ahora, había adoptado la forma humana como si una inspiración sublime le hubiera dicho cómo había de ser la mujer perfecta. Incluso más hermosa aún que la propia Zindy, que la contempló con enorme estupor, mientras Ned y Hogan retrocedían.

—Hola, Tazak —susurró Aurea, hablando también el lenguaje inglés, como el propio Tazak, rápidamente asimilado por su poderoso cerebro—. He venido a buscarte…

—¡Cuidado con esos hombres! —aulló Tazak, señalando a los dos rufianes—. ¡Son asesinos!

Ned y Hogan no entendían nada de aquello, pero habían levantado sus armas, apuntando a la mujer de dorada melena surgida en medio de la estancia, y también a Tazak, a quien advertían extraño, distinto del Mulligan que ellos conocían.

Ya no era momento de seguir disimulando. Tazak sabía que había llegado la ocasión de obrar activa, violentamente.

Ante la sorpresa inmensa de Zindy, que no lograba entender nada de todo aquello, el que ella suponía ser su verdugo y centinela, se lanzó como un alud sobre los forajidos. Chilló,

angustiada, al advertir que las armas disparaban.

Pero ni Aurea se inmutó por el impacto, ni Tazak reaccionó de otro modo que con un estremecimiento, algo así como el calambre producido por una descarga eléctrica, al reventar sobre él un proyectil corrosivo.

En el acto supo que su invulnerabilidad a los proyectiles empezaba a ceder. Pronto sería tan atacable como cualquier otro… Pero aún conservaba algo de sus facultades. Lo suficiente para derrotar a los asesinos de «Papá *Boxer*».

Les aferró con sus manos por el cuello y los estrujó violentamente, lanzándoles contra el muro.

Fue tal la violencia del impacto, la fuerza puesta por Tazak en el impulso, que sus cráneos crujieron con virulenta intensidad, como cocos golpeados con una roca.

Rodaron por el suelo, inermes.

Tazak respiró hondo, volviéndose a Aurea, a la Aurea humana y maravillosa, que él reconoció en el acto, porque su corazón palpitó con mayor fuerza al verla.

Había surgido como algo increíble, como un milagro hecho realidad ante sus ojos atónitos. Y ése era el mejor premio a su lucha.

Pero, tras la mirada de emoción que se cruzó con los ojos violáceos y hermosos de Aurea la mujer de Saturno, la realidad cruda e ingrata volvió a sacudirle.

—¡Oh, Aurea, jamás debiste elegir este punto exacto para materializarte! ¿Fue cosa de Rahmaz, tal vez?

—Sí. El buen Rahmaz me ayudó. Él repuso la pieza que tú destruiste.

—¡Dios mío, Aurea, has venido… quizá para morir conmigo! No podemos salir de aquí. Esta muchacha, Zindy…

—Sé lo que ocurre con ella —aseguró Aurea, sonriendo dulcemente a la cautiva—. Leí vuestros pensamientos desde Albor…

—Pero ¿qué significa esto? ¿Quiénes son ustedes? —musitó Zindy, rehaciéndose con dificultad de su asombro.

—Aurea y Tazak, de Saturno —dijo sencillamente el falso «Gafas» Mulligan—. Estamos aquí para salvarla en nombre de Dewey.

—¡Oh! ¡Dewey lo sabe! ¡Dios mío, esto es magnífico!

—Magnífico… pero no podemos salir de aquí —le recordó Tazak, sombrío—. Esa barrera candente…

—Podemos cruzarla, Tazak —sonrió Aurea, soltando, con sus fuertes manos, las ligaduras magnéticas de Zindy—. Traigo una pieza valiosa, un traslator portátil.

—¡Cielos, no! —excitado, Tazak avanzó hasta ella. Al ver que Aurea extraía la pieza citada, reflejó su asombro, su júbilo inmenso —. ¡Eso es maravilloso, Aurea! ¡Uno a uno, saldremos ahora de aquí con toda facilidad!

—¿Es posible? —inquirió Zindy, sorprendida.

—Y tan posible. Venga, muchacha. Usted será la primera. Lo realmente importante es sacarla a usted de aquí. Pónganse Aurea y usted juntas. Abrácense, así… Aurea empuñará el traslator y se diluirán, volviendo a materializarse en el corredor, al otro lado de la barrera… si es que sus átomos soportan esa temperatura. Yo estoy convencido de que así será.

—Sí, Tazak, será así —sonrió Aurea—. Sabes que en la descomposición atómica que crea tu traslator no influye la temperatura ambiente, helada o candente. Vamos allá, Zindy.

Ambas mujeres se abrazaron. Aurea empuñó el traslator. Tazak no apartaba la mirada del reloj. Las diez y cuarenta y ocho minutos.

La hora final se aproximaba. Y Dew Nelson todavía no sabía nada de ellos.

El traslator giró, apuntando con su boca ancha hacia ambas mujeres, desde la mano firme, bronceada, de la hermosa Aurea.

El prodigio ocurrió; los cuerpos se evaporaron. Hubo como un chisporroteo levísimo en la barrera candente… ¡y Aurea y Zindy se materializaron en el pasillo!

Tazak sonrió. Aurea volvió a trasladarse físicamente al interior de la cámara. Y repetida la operación con Tazak abrazado a ella, empuñando ahora él aquel aparato maravilloso, se reunieron con la aturdida Zindy en el exterior de la cámara aislada.

Dentro, solamente quedaron Ned y Hogan, con sus cráneos rotos, abatidos contra el muro.

—¡En marcha! —Silabeó Tazak Lux—. ¡Ahora hemos de correr para llegar a tiempo de evitar que Dew Nelson firme la revancha! ¡En otro caso, todo habría sido inútil!

Los tres personajes, extrañamente unidos por un destino que

ligaba sus vidas a través de ochenta y seis millones de millas de distancia, lanzáronse hacia exterior. Tazak guiaba a las dos mujeres. Advertía que su elasticidad, su agilidad felina, su poder mental y todo lo demás estaba perdiéndose paulatinamente, como si le abandonaran sus virtudes especiales, adaptándole progresivamente al medio terrestre.

Era preciso correr, correr ahora que aún le quedaban algunas facultades. Aurea podría auxiliarle si llegaban a fallarle frente al enemigo poderoso que aún quedaba por dominar. Pero prefería resolver las cosas él solo, sin mezclar a Aurea en luchas y riesgos.

Zindy se dejaba conducir por aquellos dos extraños amigos que tanto la ayudaban. Ignoraba qué eran, por qué habían venido a la Tierra o lo qué representaban. Pero lo cierto era que la estaban salvando de morir, y que la habían libertado.

Ya alcanzaban la salida, diestramente guiados por Tazak. No había hombres de «Papá *Boxer*» por el edificio. El jefe confiaba demasiado en su barrera electromagnética y en sus dos esbirros, Ned y Hogan, además de que siempre había creído que el tercero del grupo era el auténtico «Gafas» Mulligan, su incondicional esbirro.

Abrieron la puerta exterior, oprimiendo el resorte electrónico. La puerta se deslizó, dócil al mando. Y en cuanto pisaron el umbral de salida, vieron frenar, justamente ante la casa, con un chirrido espeluznante, a un vertiginoso turbomóvil.

—¡Cuidado! —chilló Tazak a Aurea—. ¡Aparta a Zindy, protege a la chica! ¡Nosotros podemos defendernos mejor que ella!

Aurea asintió, obedeciendo. Pero la maniobra parecía completamente innecesaria.

La puerta se abrió. Del turbomóvil saltó un hombre de uniforme azul brillante con la insignia de la Policía Espacial. Empuñaba un arma, pero la bajó al ver a los tres, mirándoles con cierta perplejidad. Sonrió, sin embargo, y habló rápidamente:

—¡Bueno, amigos, arriba! ¡Ya sé quién es usted, Mulligan! ¡Me envía su amigo Nelson para sacar a Zindy del aprieto! ¡Vamos, en marcha! ¡«Papá *Boxer*» ha perdido esta vez la partida!

—¿Quién es usted? —inquirió Tazak, respirando aliviado.

—Capitán Hal Forbes, de la Policía Espacial. Hemos cogido a «Papá *Boxer*» y al verdadero Mulligan. Pueden estar tranquilos,

amigos. Están a salvo. Vengan conmigo. Nelson nos espera impaciente.

Zindy, Aurea y Tazak Lux asintieron. Zindy fue la primera en poner un pie en el estribo. Aurea le siguió, con amplia sonrisa, mirando tiernamente a Tazak, que se sentía feliz como nunca de llegar a lo que creía el final.

* * *

Los ojos de «Papá *Boxer*» se apartaron con viveza del potente teleobjetivo de su cañón termonuclear, a bordo de la nave circular, o «plato volador», situado en la altura, perpendicular a su vivienda y refugio secreto, y confundido entre las nubes de la noche.

—Ahora —dijo fríamente al artillero.

—Pero, jefe, también está el capitán Forbes en el turbomóvil… —musitó su asalariado, vacilante—. La carga termonuclear acabará también con él…

—Ya lo sé, imbécil. ¡He dicho ahora! ¡Dispara ya!…

El hombre se encogió de hombros, asintiendo. Luego centró el blanco en el graduador de su teleobjetivo de disparo. El turbomóvil y los cuatro personajes quedaban perfectamente enfocados.

Pulsó el resorte de disparo.

La carga termonuclear salió proyectada hacia su blanco.

Capítulo IX

Destrucción



urea sintió vivamente el doble choque mental. Su poderosa capacidad telepática captó primero los pensamientos del hombre que decía ser capitán de policía: «Ya los tengo. Los muy tontos se meten solos en la trampa.»

Luego, de mucho más lejos, le llegó otra idea dispersa, pero real, un pensamiento emitido por alguien, a distancia. Pero que les afectaba a ellos y que ella recibía en su mente, poderosa y aún sin desgastar, como la de Tazak Lux.

«¡Dispara ya!»

Todo eso se refería a ellos. Rauda, entró en acción, sorprendiendo a Zindy, a Forbes y al propio Tazak, que no esperaba ese movimiento de la mujer amada.

—¡Fuera! —gritó Aurea—. ¡Al suelo! ¡Disparan contra nosotros! ¡Un arma potente!

Saltó a gran distancia, debido al poder y agilidad de sus músculos. Aurea no había soltado a Zindy y ambas rodaron por el suelo, a varios metros del turbomóvil, procurando Aurea cubrir con su cuerpo por completo a la sorprendida Zindy.

Por su lado, Tazak también reaccionaba ya, con rapidez mental que no era ya la suya anterior, pero sí aún muy superior a la normal en los terrestres. Rodó por tierra, como un rayo, penetrando en la casa de nuevo y pulsando el resorte de cierre al pasar.

La puerta se cerró herméticamente en un segundo.

Tardó algo más el proyectil termonuclear en alcanzar brutal, despiadadamente, al vehículo inmóvil de Forbes, que se mantenía rígido, paralizado por el asombro y sin entender nada de todo aquello, ante el volante de su vehículo.

El estallido terrible, la desintegración atroz de su nave y de él mismo, le sorprendió así. La muerte le llegó cuando ni siquiera había logrado comprender lo que sucedía, sin advertir que su propio aliado, «Papá *Boxer*», le sacrificaba a él en primer lugar, en su afán de destruir a los demás enemigos que se escapaban de sus manos.

La carga nuclear, tras provocar la devastadora voladura de vehículo y ocupante, dejó un cráter terrible en el suelo de asfalto metalizado. Abombó la puerta refractaria a todo explosivo de la guarida de «Papa *Boxer*» y cribó el suelo en una ancha extensión de calle.

Aurea y Zindy seguían inmóviles en tierra. Tazak, lentamente, se puso en pie, dirigiéndose a la salida y abriendo de nuevo la puerta, para ver lo sucedido en el exterior. Temía por la vida de Zindy sobre todo, porque sabía que la fortaleza de Aurea era aún muy difícil aniquilarla con armas terrestres. Al menos, de momento.

Oteó la calle, desierta y silenciosa tras el terrible estampido. Vio a Aurea sobre Zindy, protegiéndola con su superior estatura y contextura física. También observó que Zindy, aunque aturdida, se mantenía sana, completamente a salvo de los devastadores efectos del proyectil atómico llovido del cielo.

Alzó la cabeza y vio huir en la distancia, entre las nubes, un disco centelleante. Disparado el proyectil, los asesinos huían. Para ellos, Zindy y su salvador, cuya naturaleza extraterrestre era evidente que conocían, por lo que reveló Forbes, el policía, habían sido eliminados limpiamente.

Tazak Lux sonrió con ferocidad. Los criminales iban a llevarse una fea sorpresa muy pronto. Ahora comprendía por qué Aurea retrocedió a tiempo. Ella descubrió la traición del policía, cuyos pensamientos llegaron demasiado tarde a la mente de Tazak, vencido ya por la gradual metamorfosis de su físico a las condiciones terrestres. Aurea, recién llegada al planeta extraño, conservaba sus poderes superiores. Y a eso debían la vida Zindy, él y la propia Aurea. En cambio, el traidor, el policía vendido a los forajidos, había sucumbido, víctima de su propia trampa. Un enemigo menos, en la lucha final contra el crimen, que ahora sí que parecía decisiva de todo punto.

La destrucción del turbomóvil, su ocupante y el trecho de calle donde se hallaba, había sido total, absoluta. El espectáculo era pavoroso, desolador.

—¿Te encuentras bien, querido?

Era Aurea quien preguntaba. Traía a Zindy consigo, apoyada en ella. Tazak Lux contempló a ambas con una sonrisa y asintió. Sí, se encontraba bien. Pero era tarde, muy tarde. Y era preciso avisar a Nelson. Evidentemente, Forbes había mentido, y el joven campeón no les esperaba, ni mucho menos. Todo había sido un juego más del tenebroso «Papá *Boxer*».

Si Nelson firmaba el contrato de revancha, todo se perdería. Hacía falta advertirle, darle aviso antes de que todo se perdiera con esa acción errónea.

¡Y ya eran las once menos seis minutos!

Seis minutos tan sólo… Seis minutos para avisarle. En aquel barrio no parecía ser cosa fácil hallar a nadie. Ni tampoco un teléfono o un televisó-fono desde el cual llamar a Nelson con garantías de seguridad.

Era preferible ir hacia el centro, tratar de encontrar algún medio de comunicarse con Nelson, antes de que fuera demasiado tarde.

¡Casi ya lo era!

—Vamos —dijo Tazak con firmeza—. Es preciso ir deprisa o todo se echará a rodar, Aurea. Dewey Nelson, el novio de esta muchacha, pronto avisará a sus enemigos, aceptando unas condiciones criminales a cambio de su vida. Es preciso que no la crea en peligro. Y también hay que evitar que le informen erróneamente de lo sucedido, y pueda imaginarse que Zindy ha

muerto, o haría una atrocidad difícil de reparar después.

—Mi pobre Dew —musitó Zindy—. ¡Cómo debe de sufrir!…

—Sí, sufre mucho —asintió el hombre de Saturno—. Pero también sufre usted, Zindy. De modo que vamos allá.

—Me gustaría saber cómo es posible que se parezca usted tanto a Mulligan, y no sea él —dijo Zindy de pronto—. Hasta que Aurea apareció, no pude imaginar que…

—Cierto —sonrió Tazak—. Casi olvidaba ese pequeño detalle. Mi aspecto físico es realmente desagradable de esta manera; lo alteraré en un momento. No mire, Zindy. La metamorfosis no es agradable nunca. Prometo que, de no ser absolutamente preciso para ayudarles a ustedes, nunca más alteraré mi aspecto. Quiero ser un hombre normal. Ni demasiado hermoso, ni demasiado feo o vil. Un hombre vulgar… aunque Aurea sea tan hermosa. Ella lo era ya en su forma primitiva, en Saturno. Ahora con ser yo el equivalente humano de lo que era allí, será suficiente. Es un momento, amiga mía. Sólo un momento…

Sonrió. Zindy se volvió, ayudada por Aurea, que la tomaba afectuosamente del brazo. La última metamorfosis de Tazak Lux, el polimorfo de Saturno sobre la Tierra, comenzó.

* * *

Había esperado. Justamente hasta el último momento, tal como prometiera.

Esto era el fin. Ya no cabían esperanzas de ninguna clase.

Levantó el auricular del audiovisófono. Marcó, lentamente, el odioso número que como una obsesionante pesadilla le había estado machacando el cerebro durante las últimas horas de tensa espera.

Luego, esperó la señal de comunicación en el receptor y en la pantalla visual. Aplastó un cigarrillo coléricamente, encajando sus duras mandíbulas de luchador.

Era lamentable que aquello no se pudiera resolver como una lucha en el «*ring*». A puñetazos, hubiera matado ahora, uno a uno, a todos sus enemigos. Sin embargo, estaba telefoneando para ceder, pata rendirse. Sin luchar siquiera.

Pensó en su amigo de Saturno, Tazak Lux. Tampoco había conseguido nada. Esto no era como suplantarle a él y subir a pelear

a un cuadrilátero. Y los hombres que había enfrente eran auténticas fieras de la jungla ciudadana. Seres como aquéllos los hubo siempre. Después de todo, las leyes y los progresos universales no habían servido de gran cosa. El crimen organizado seguía siendo un azote inexorable para la Humanidad. Y, al parecer, sin enemigo capaz de ganarle.

La pantalla osciló y apareció la imagen odiosa. Sonreía cruel, dominadoramente, «Papá *Boxer*» en persona. Dew le estudió con una ira sorda, implacable, pero impotente. No podía hacerle nada a aquel hombre sonriente, afable y frío, de ojos de acero, nariz de halcón y blanca melena lacia. Con su vida, con su seguridad misma, respondía de la vida y de la seguridad de Zindy. De su Zindy.

—Hola, Nelson —dijo la voz metálica, dura, sin concesiones, del prohombre del crimen, llegando por el receptor. Una sonrisa áspera se reflejó en la pantalla televisora simultáneamente—. Ha tardado mucho en resolverse… Casi termina su plazo, muchacho…

—¡Maldito perro! —rugió Dewey Nelson, crispando el gesto—. ¿Y Zindy? ¿No le ha hecho daño ninguno?

—No sé de qué me habla —rió «Papá *Boxer*». Era muy astuto. No confesaría nada, aunque en su pantalla individual viese a Dew solo. No se fiaba, por si había un truco para cazarle con las manos en la masa, con una confesión inoportuna. Prosiguió—: Lo que sé es que Kelsey, su entrenador, un par de amigos y yo esperamos impacientes su llamada. Si se ha resuelto a firmar la revancha, puede venir dentro de unos instantes aquí. Lo antes posible, desde luego, Los chicos de la Prensa, Radio y TV estarán aquí. Excuso decirle que cualquier imprudencia suya, cualquier declaración inoportuna o tendenciosa, ante la publicidad periodística, significará la ruptura del contrato… con todas sus consecuencias, ¿entendido?

—Sí —silabeó con voz fría Nelson—. Entendido muy bien. Iré enseguida para allá, sucio bastardo.

—Será mejor que no insulte, Nelson. Podría irritarme —soltó una breve, hosca carcajada—. Mala cosa que yo me irrite, amiguito…

Colgó, riendo aún. Su imagen flotaba aún en la pantalla fluorescente, cuando Dew Nelson, llevado por un odio feroz, imposible de dominar, descargó uno de sus formidables puños sobre

el vidrio fluorescente.

Con un crujido y una seca explosión, la pantalla se agrietó, se hizo añicos, ensangrentándose los nudillos del boxeador, que retrocedió, lívido de ira, sin sentir siquiera el dolor.

Por desgracia, aquel arranque de furia nada resolvía. Solamente había logrado romper su audiotelevisor. Pero no la faz odiada, perversa y dominadora de «Papá *Boxer*», su enemigo mortal.

Ahora tenía que acudir a la cita, doblegarse a sus deseos, firmar aquel contrato cobarde y ruin a cambio de la vida de Zindy.

Lo haría. Y luego, cuando Zindy volviera a su lado, sana y salva, tal vez un boxeador noble y valeroso se convirtiera en un asesino.

CAPÍTULO X

DESENLACE


staban todos reunidos, tal como prometiera «Papá *Boxer*». Cámaras de TV, de cinescopio, de Prensa animada, de estereograma y de simple estereofoto para los rotativos impresos a la vieja usanza. Focos, luces, *flashes*, todo el bullicio de los grandes acontecimientos.

El vasto local de Apuestas Deportivas de «Papá *Boxer*» hervía de expectación. No siempre se podía asistir a la firma de una revancha entre el campeón universal de los pesos máximos y su último derrotado. Sobre todo, sabiendo, como sabía todo el mundillo del boxeo, lo que ese contrato significaba para Dew Nelson y su prometida.

Eso era lo cruel. Que, como siempre, la gente sabía. Pero nadie podía alzar un dedo, acusar al culpable. Se conocía la verdad sin oficial comprobación para acusar ante la justicia al prohombre del

deporte sucio. Y se sabía que de la firma del contrato dependía una vida. Firmar la revancha era la mayor derrota admitida por el campeón y por la propia Ley, buscando en vano a la desaparecida Zindy.

Entró Dew Nelson entre un revuelo impresionante de locutores, fotógrafos y reporteros de todas clases. Pedían palabras, posturas o simples declaraciones. Dew Nelson, erguido y frío como un témpano de hielo en pleno Océano Glacial, avanzó en derechura hacia la mesa amplia, iluminada, donde el estado mayor del gran «Papá *Boxer*» aguardaba su llegada.

Seguían a Nelson su entrenador Mallins, su auxiliar Tom y el Jefe de Policía de Nueva York, Steve McAllister. La vista de este último sorprendió un poco a «Papá *Boxer*», que se humedeció los finos labios, algo tenso y alerta. Pero era demasiado dueño de sí, demasiado astuto para dejar traslucir sus emociones o recelos.

Sonrió al policía, a Nelson y a todos, como si fuera la imagen misma de la inocencia, la honestidad y la buena fe. Kelsey, su pupilo, con la mandíbula rota, envuelto en vendajes, miraba coléricamente a su vencedor de la noche antes. Un brillo maligno en las pupilas, señalaba que ésta era ya, positivamente, su revancha.

—¿Cómo por aquí, señor Jefe de Policía? —preguntó «Papá *Boxer*» a McAllister, tras apretar su mano, en un «*flash*» captado por todas las cámaras.

—Me gustará asistir a un acontecimiento ciudadano así —sonrió el Jefe de Policía—. Después de todo, el deporte espectáculo es uno de los grandes aspectos económicos de nuestra gran urbe, amigo mío. Pero ustedes actúen como sí yo no estuviera. Mi presencia es extraoficial, naturalmente. Como simple aficionado al pugilismo.

Asintió «Papá *Boxer*», aunque sabía que eso no era cierto. Nelson no lograría ponerle nervioso, ni siquiera viniendo acompañado del propio Presidente de la Federación de Estados Mundiales.

Dew Nelson se quedó erguido frente a su antagonista, esperando el resultado final del espectáculo organizado por «Papá *Boxer*» para la firma del contrato. Todo parecía normal en un vulgar acuerdo deportivo. Todo… menos lo que se ocultaba tras aquel aspecto apacible y vulgar. Lo sórdido, lo criminal, lo perverso.

Dew Nelson vio firmar a Kelsey y a su entrenador. Luego lo hizo, como promotor y organizador de la próxima velada, el propio «Papá

Boxer». Sonriente aún, como un general triunfador tendería a su enemigo la pluma para subrayar la capitulación sin condiciones, entregó a Nelson la estilográfica de carga eterna, ampliando su sonrisa.

—Ahora usted, campeón —dijo sardónicamente poco después—. Su firma…

Dew Nelson tomó la pluma y la puso sobre el papel. Eran, exactamente, las doce menos cuarto de la noche en el reloj luminoso que destacaba al fondo de la sala.

* * *

De súbito, Dew Nelson hizo algo imprevisto. Estrelló la pluma en tierra, a sus pies. Estiró las manos, aferrando el contrato por cuadruplicado y un simple tirón de sus manos de boxeador bastó, antes de que nadie pudiera evitarlo. El contrato quedó roto.

—¡Nelson! —aulló «Papá *Boxer*»—. ¿Se ha vuelto loco?

Dew Nelson sonreía. Fría, durísimamente, sin apartar sus ojos helados del promotor del boxeo, del líder de las apuestas organizadas del mundo entero. Fragmentos de papel volaron de sus manos en todas direcciones.

—El juego terminó, «Papá *Boxer*». Esto es el fin. ¡Su final, raptor asesino!

Los «*flashs*» de fotografías, de cine y de TV centelleaban por doquier. Filmaban película, tomaban en magnetofón todo lo que se hablaba y se hacía allí. «Papá *Boxer*» dominándose, recuperó su compostura y, sonriendo cínicamente, le amenazó:

—Supongo que bromea, ¿no, Nelson? ¿O puede demostrar lo que dice?

—Podría demostrarlo enseguida… con Zindy presente, acusándole a usted de su secuestro, de amenazas de asesinato, de la muerte del capitán Forbes, de la Policía Espacial…

—Siguen siendo locuras —«Papá *Boxer*» rió, tras un parpadeo de sorpresa—. Nelson, esa estúpida acusación va a costarle cara. Muy cara ante la ley. Señor McAllister, quiero que, como Jefe de Policía de Nueva York…

—… Como Jefe de Policía de Nueva York, «Papá *Boxer*», voy a arrestarle, acusado de secuestro, amenazas de muerte, asesinato del

capitán Forbes de la Policía Espacial, coacción para obligar a una firma de contrato y ataque con arma atómica a los que ahora le acusan Zindy Adams, Aurea y Tazak Lux —completó con voz potente el Jefe de Policía McAllister.

«Papá *Boxer*» palideció al ver surgir de entre los periodistas a Zindy y a los dos extraños personajes de ojos violáceos, piel broncínea y atlética contextura, que le miraban acusadora, heladamente.

—¡Ése es el hombre que me secuestró! —acusó Zindy, señalándole fijamente—. ¡Y el que intentó matarnos, bombardeándonos desde un platillo volante, a la puerta misma de su guarida secreta en High Point, en el extremo norte de la ciudad!

«Papá *Boxer*» era muy astuto. Lo era, incluso, para saber cuándo estaba todo perdido. Mortalmente pálido, advirtió en el acto que no había escapatoria. Parecía un milagro increíble. Zindy no podía sobrevivir a la carga termonuclear. Pero, ya que había ocurrido así, estaba perdido. Total, irremisiblemente perdido.

Rápidamente, saltó como un tigre hacia Dew Nelson. Su mano esgrimía un objeto muy simple y vulgar: otra pluma estilográfica de carga eterna, que había extraído de su bolsillo. Parecía totalmente inofensivo, como si pretendiera huir.

—¡Cuidado! —gritó Aurea, sin embargo, extendiendo uno de sus brazos bronceados de estatua hermosa y metálica—. ¡Esa pluma…!

Dow Nelson vaciló, sorprendido. Vio venir hacia él a «Papá *Boxer*», pluma en ristre. Tardó la idea en penetrar en su mente. Y ya antes, una vez más, el ágil e inteligente Tazak Lux, ahora con su apariencia noble, su melena azul-negra y su rostro hermético y broncíneo que le correspondía como nuevo ciudadano terrestre, actuaba en favor del joven boxeador.

Saltó fantásticamente, hendiendo el aire hacia «Papá *Boxer*». Su mano aferró la pierna izquierda del prohombre criminal, derribándole. Sus hombres, al pretender socorrerlo, se encontraron ante las pistolas nucleares del Jefe de Policía y de varios agentes surgidos como por arte de magia de varios puntos del salón.

«Papá *Boxer*» rodó por el suelo. Rabioso, dirigió la pluma hacia Tazak Lux, revolcándose como un poseso.

—¡Será para ti entonces, maldito extranjero! —aulló, dirigiéndose a Tazak.

Tazak, aun sin saber de qué naturaleza sería el arma, quiso evitar sus efectos. Advertía ya claramente que era como un terrestre más. Ya no poseía la fuerza titánica de antes, ni su capacidad mental superior. Era un hombre vulgar, aunque inteligente y fuerte. Dos virtudes que también poseía el hombre del pelo blanco. Ambas cosas al servicio de una mente de criminal nato y feroz.

La pluma estilográfica hubiera alcanzado esta vez a Tazak Lux inexorablemente, de no mediar el esfuerzo de Dew Nelson.

El boxeador reaccionó por fin, adelantando un pie que, implacable, pisoteó la mano armada del criminal. Le estrujó los dedos brutalmente y un aullido de dolor vivísimo brotó de los labios del asesino, que vio rodar, lejos de él, la pluma estilográfica.

Aurea, rápida, se inclinó a recogerla. La contempló, pensativa, mientras Dew Nelson se ocupaba ahora de «Papá *Boxer*». Tendiéndole la pluma al sorprendido McAllister, Aurea declaró simplemente:

—Tenga cuidado con ella, señor. Es un disparador potentísimo. Creo que dentro lleva una carga mortífera de gas desintegrador. Hubiera terminado con todos los presentes, de serle posible manejar ese arma.

Los impactos de los nudillos de Dew Nelson contra la faz de «Papá *Boxer*» eran un martilleo sordo, continuado, que Tazak Lux no se creyó obligado a detener. Después de todo, Dew Nelson había venido a firmar su revancha. Y por cierto que estaba vengándose a fondo de muchas cosas sufridas anteriormente.

Sonriendo, Tazak regresó junto a Aurea, a quien oprimió una mano con fuerza, mientras los martillazos de los puños del campeón trituraban virtualmente a «Papá *Boxer*», incapaz de parar el alud de furibundos golpes.

—En fin, Aurea, creo que esto ha terminado ya. Sólo nos falta saber una cosa: Si hemos llegado a merecer que se nos considere como ciudadanos de la Tierra y podemos quedarnos por siempre en ella.

EPÍLOGO

—Claro que pueden quedarse por siempre en la Tierra y entre nosotros, Tazak Lux. Tanto usted como su futura esposa, Aurea, se han ganado ese derecho sobradamente, luchando por la integridad, la Ley y el Orden, poniendo sus fuerzas sobrehumanas al servicio de lo justo y de lo honrado, cuando tan fácil y productivo hubiera sido para ustedes dedicarlas al servicio del mal…

Las palabras del Presidente de los Estados Federados Mundiales, en presencia de la Gran Asamblea Mundial, reunida en sesión especial para acoger en el seno de la Humanidad a los dos extraños venidos de Saturno, resonaron, repetidas en todos los ámbitos por miles de altavoces, por televisores y cinescopios.

Tazak Lux y Aurea, erguidos en la gigantesca plataforma ante el estrado Presidencial, adornado con el gran tapiz luminoso del Orbe entero, se sonrieron mutuamente y oprimieron sus manos con calor.

—Gracias, señor —dijo con sencillez Tazak, volviéndose al Presidente—. Juramos obedecer y respetar vuestras leyes como el primer ciudadano. Y de la misma manera que en nuestro lejano planeta, bajo nuestra forma primitiva, definitivamente abandonada al adoptar apariencia humana, supimos ser nobles y dignos, lo seremos con aquellos que nos acogen como hermanos y a quienes como hermanos hemos llegado a querer en los pocos días que llevamos entre vosotros. Ni Aurea ni yo, ciudadanos de Saturno, poseemos ya virtud especial alguna, adaptados nuestros organismos al planeta Tierra y su forma de vida, por sabia disposición de la naturaleza. Ya no podemos metamorfosearnos, ni tener más fuerza que otros mortales, ni ver más allá de nuestro alcance humano. Lo hemos deseado así y así nos lo concedió Dios. Gracias a Él por tanta merced y gracias a vosotros, hermanos todos, por esta felicidad de hoy.

Una atronadora salva de aplausos acogió las palabras

emocionadas de Tazak Lux. El Presidente estrechó personalmente las manos de los valerosos seres de otro planeta, incorporados a la vida normal de la Tierra. Su comentario final, entre sonriente y apenado, hizo sonreír al mundo entero:

—Bienvenidos como hermanos… aunque alguna vez lamentaremos la pérdida de vuestras magníficas facultades. Sobre todo, la policía las echará de menos…

En un estrado cercano, Dew Nelson, campeón universal de los grandes pesos, sonrió a Zindy, cuyo brazo oprimió con calor. Ella murmuró:

—Es magnífico, ¿verdad, Nelson? En cualquier planeta puede haber seres buenos y nobles como Aurea y Tazak. Esos dos bravos amigos son los que hoy nos permiten estar aquí, felices y esperando nuestro enlace, Dew.

—Sí, querida —asintió Nelson, feliz—. Va a ser un gran día el de mañana. Con la doble boda más original de todos los tiempos. No todo el mundo, Zindy, podrá explicar lo mismo que nosotros el día de mañana. ¿Te imaginas la cara que pondrán nuestros hijos cuando les digamos: «Pequeños, vuestros padres se casaron al mismo tiempo que dos habitantes del planeta Saturno»?

—Sí, Dew. Lo imagino —y Zindy soltó una suave y alegre carcajada.

Luego, los ojos de ambos volvieron a fijarse en la bella pareja de hermosos seres de otro planeta, definitivamente acogidos en el planeta Tierra tras una dura prueba en la que los dos, Aurea y Tazak Lux, habían demostrado merecer sobradamente el honor que se les dispensaba ante la faz entera del mundo.



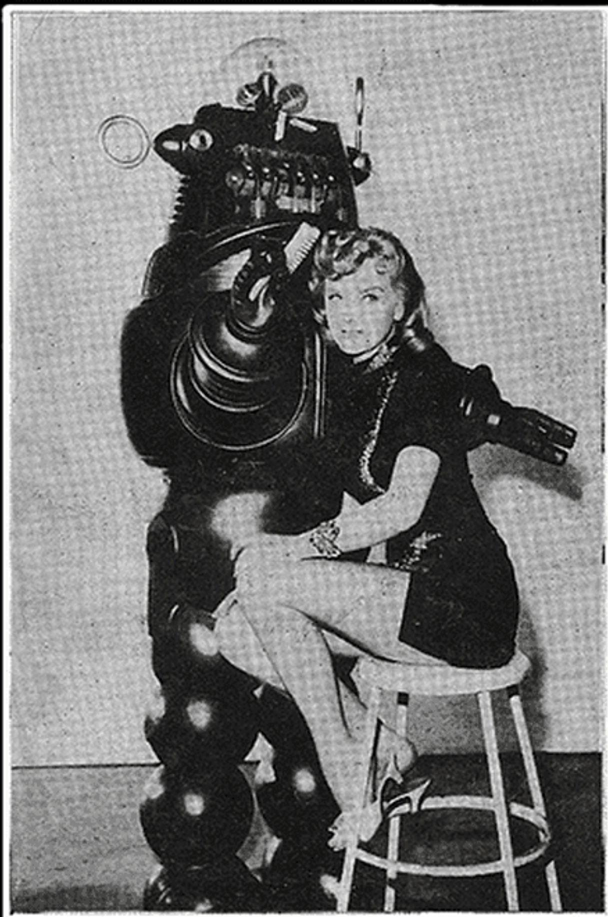


ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.




Escena de la película FORBIDDEN PLANET
Metro Goldwin Mayer

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 10 pesos.